

LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA MILITAR: DE GÉNERO LITERARIO A DISCIPLINA CIENTÍFICA

Juan José DÍAZ BENÍTEZ¹

RESUMEN

El presente trabajo aborda el desarrollo de la historia desde sus orígenes como género literario hasta la actualidad, con el fin de ofrecer una perspectiva general del lento proceso que la ha transformado en una disciplina científica. Para ello comienza con su aparición en Próximo Oriente y el antiguo Egipto en forma de relato propagandístico, descriptivo y providencialista, tras el cual se desarrolla el relato histórico racional y secular en Grecia y Roma. A continuación comenta la sustitución de este último por el relato providencialista medieval en sus diferentes modalidades, incluida la excepcional obra de Ibn Jaldún. También sigue la recuperación del relato secular y racional durante la Edad Moderna en sus diversas variedades hasta desembocar en la historia militar del siglo XIX, bajo la influencia del primer paradigma científico aplicado a la historia. Finalmente, el artículo concluye con la evolución de la historia militar durante la Edad Contemporánea, concebida ya como ciencia, con especial referencia al siglo XIX y un breve comentario sobre su renovación en la última mitad del siglo XX, dejando la puerta abierta a la necesaria reflexión teórica y metodológica que le confiera la misma aceptación académica que a otras ciencias históricas.

PALABRAS CLAVE: Historiografía, historia militar.

ABSTRACT

The Evolution of Military History: From a Literary Genre to a Scientific Discipline

¹ Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

The present study approaches the development of military history from its origins as a literary genre to the present time, aiming to offer a general perspective of the slow process which has transformed it into a scientific discipline. This paper starts with its appearance in the Near East and ancient Egypt in the form of a propaganda story, descriptive and providentialist, after which the rational and secular historical story in Greece and Rome develops. Next, this study comments on the substitution of the latter by the medieval providentialist story in its different modalities, including the outstanding work of Ibn Jaldún. It also tackles the recovery of the secular and rational story during the Modern Age in its different varieties until moving into XIX century military history under the influence of the first scientific paradigm applied in history. This article concludes with the evolution of military history during the Contemporary Age, already conceived of as a science, including a special reference to the XIX century and a brief commentary about its renovation in the last half of the XX century, leaving the door open for the necessary theoretical and methodological reflection which assigns the same academic acceptance to it as to other historical sciences.

KEY WORDS: Historiography, military history.

* * * * *

La naturaleza humana puede ir más allá de la cultura nacional. En los campos de batalla, los combatientes de cualquier país y raza luchan, en general, más por sus compañeros que por una bandera o por una idea abstracta de patria. Y cuando mueren, según afirman los testigos, llaman a gritos a sus madres, y no exclaman: *Banzai!* [...] ²

Con estas palabras se refería Evan Thomas a la batalla del golfo de Leyte a finales de octubre de 1944, una de las más importantes de la II Guerra Mundial. En su narración de la batalla, el autor describe las perspectivas con las que fue afrontada por norteamericanos y japoneses, producto en buena medida de sus respectivas culturas nacionales. Sin embargo, lo más interesante de este pasaje es su referencia a la naturaleza humana como elemento común a ambos bandos, que permite apreciar y comprender comportamientos que no responden al concepto de nación. Es más, esa naturaleza humana se ha mantenido probablemente como una constante a lo largo de la historia, manifestándose de diferente modo en función del contexto histórico, pero

² THOMAS, Evan: *Mar de tormenta. La última gran campaña naval de la historia*. Editorial Crítica, Barcelona, 2007, p. 420.

fiel a unos principios de carácter general. De este modo el estudio de continuidades y rupturas en la guerra, en este caso referidas al comportamiento humano, permitiría teorizar sobre la historia militar.

Esta capacidad para teorizar nos lleva a partir de la premisa de que la historia es una ciencia, en palabras de Enrique Moradiellos, «un conocimiento crítico-racional, organizado, sistematizado y transmitido y desarrollado históricamente». A partir de estas características comunes cabe diferenciar dos grandes conjuntos de ciencias, las humanas y las naturales, según exista o no, respectivamente, un sujeto operatorio. La historia se inserta en el primer conjunto, dentro del cual se distingue por su peculiar objeto de estudio: las reliquias del pasado que intenta reconstruir el historiador. Peculiaridad no exenta de riesgos, como la subjetividad, pero sobre los que se imponen los principios constitutivos de la racionalidad histórica: existencia de pruebas verificables, explicación interna de los acontecimientos humanos y significación temporal irreversible.³

Aceptada la historia como ciencia cabe recordar que la reflexión sobre su teoría y método no ha recibido la atención que requiere. A este respecto es preciso señalar las puntualizaciones que realiza Julio Aróstegui. La teoría constitutiva de la historia se ocupa de su concepción como objeto de estudio, definiéndola como el cambio acumulativo que experimentan las sociedades en el tiempo. La teoría disciplinar centra su atención en la construcción de los elementos conceptuales y operativos para la investigación, es decir, el estudio del movimiento de las sociedades en el tiempo, entendiendo por movimiento no sólo el cambio sino también la reproducción de estructuras durante periodos cronológicos relativamente amplios. La historia emplea un método similar al de las ciencias sociales, aunque menos desarrollado y marcado por el estudio del comportamiento temporal, de modo que, como ya hemos apuntado, sus fuentes son los restos del pasado. Por último, el término «historia» se utiliza para definir el objeto de estudio, el resultado de la investigación y la disciplina que se ocupa de ella.⁴

No obstante, el concepto de historia no ha sido siempre el mismo, tal y como puede apreciarse en los grandes paradigmas contemporáneos, historicismo, marxismo y la escuela de *Annales*, los cuales concibieron de muy diferente manera el objeto de estudio y el método a emplear. En este sentido, la historia es tan amplia como objeto de estudio que no ha tardado en convertirse en secuencial, sectorial y territorial, dando lugar a la historia

³ MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*. Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2001, pp. 35-84.

⁴ ARÓSTEGUI, Julio: *La investigación histórica: teoría y método*. Editorial Crítica, Barcelona, 1995, pp. 17-50.

contemporánea o a la historia económica, entre otras, consideradas como disciplinas científicas. Por tanto, la historia militar surge como campo de estudio dentro de esta sectorialización de la historia general, no siempre comprendida como disciplina historiográfica con entidad propia, cuando no encuadrada en otras o relegada a una especie de mero divertimento ajeno al ámbito académico.

Sin embargo, a principios del siglo XXI podemos hablar de historia militar como disciplina científica, o al menos desarrollar su necesaria teorización y metodología. Este propósito de trascender los márgenes de cada contexto histórico no es nuevo; ya desde la Antigüedad, cuando la historia no era más que un género literario, algunos autores intentaron desentrañar los principios inmutables que rigen la actividad bélica, tanto para decidir la suerte de las armas como para comprender el comportamiento humano ante ella. Ciertamente, las graves consecuencias inherentes a cualquier conflicto bélico y su existencia como constante histórica hasta la actualidad justifican la atención prestada al estudio historiográfico de la guerra, así como la necesidad de desarrollarlo aún más. A lo largo de las siguientes páginas intentaremos hacer un breve recorrido sobre el modo en que se ha abordado la historia militar, desde sus orígenes en el antiguo Egipto y Próximo Oriente hasta las aportaciones historiográficas más recientes, prestando especial atención a aquellos intentos de ir más allá de la mera descripción de acontecimientos en la búsqueda de teorías históricas sobre el fenómeno bélico. Para ello seguiremos como hilo conductor la evolución de la historia trazada por Enrique Moradiellos junto con las características que Fernando Pinto Cebrián aporta para cada periodo, comentándola con una selección de los ejemplos más significativos.

Del relato propagandístico a la investigación

La historia, como conciencia del pasado, ha existido con anterioridad al nacimiento de la escritura. En las sociedades ágrafas es transmitida de diversas formas, en las que también se aprecian diferentes concepciones, cíclica o secuencial, del tiempo. Sin embargo, un rasgo común a todas ellas es su importancia para la supervivencia del grupo, al transmitir a través de esta tradición oral sus conocimientos técnicos, a los cuales se les atribuye muchas veces un origen mítico.⁵ Así, las siguientes generaciones aprenderían no sólo la construcción y utilización de armas, sino que también identificarían a sus

⁵ MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de...*, pp. 85-90.

enemigos o rivales tradicionales y mantendrían las costumbres y rituales asociados a la actividad bélica, integrada en su propia cultura. La tradición oral nos permite acercarnos al pasado de las sociedades carentes de fuentes escritas, como ocurre con buena parte de la historia de África, e incluso corregir percepciones erróneas a partir de fuentes escritas consideradas canónicas. De este modo, Julian Cobbing demostró que el despoblamiento del valle del Caledon, en Sudáfrica, no se debió a las campañas bélicas de los zulúes sino de las incursiones de colonos de origen europeo en busca de esclavos. Incluso más recientemente, Norman Etherington ha cuestionado que tal despoblamiento tuviera lugar, reduciendo los discursos sobre el mismo a la justificación de la posesión de dicho valle por uno u otro pueblo.⁶

La aparición de la escritura en el antiguo Egipto permitió fijar los contenidos transmitidos por la tradición que, inevitablemente, eran modificados al pasar de una generación a otra. El tiempo era concebido de forma cíclica, de modo que la cuenta se reiniciaba con el reinado de cada nuevo faraón, a cuya mayor gloria iba dirigida la relación de sus hazañas bélicas immortalizadas mediante los jeroglíficos.⁷ Uno de los ejemplos más representativos es la batalla de Qadesh, librada hacia 1293 a.C., al comienzo del reinado de Ramsés II y dentro del enfrentamiento entre hititas y egipcios por la hegemonía en Próximo Oriente. El faraón se dirigía a conquistar dicha ciudad cuando cayó en una trampa que dispersó a dos de sus divisiones y estuvo a punto de ser capturado. La llegada de refuerzos y la propia dispersión de los hititas en el saqueo del campamento egipcio evitaron que se consumara la catástrofe, aunque Ramsés II hubo de retirarse dejando la ciudad en poder del enemigo.⁸ Esta interpretación de la batalla no es la que pretendían dejar las fuentes egipcias, sobre todo el denominado poema de Pentaur, redactado a partir del relato dictado por el propio faraón, el cual aparece como el auténtico héroe de la jornada:

Entonces Su Majestad partió al galope y entró en la horda de los vencidos de Hatti, solo, sin nadie con él. Su Majestad se puso a mirar alrededor de él y vio que lo rodeaban 2.500 carros, compuestos por los mejores guerreros de los vencidos de

⁶ COBBING, Julian: «The Mfecane as Alibi: Thoughts on Dithakone and Mbolompo», en *The Journal of African History*, vol. XXIX, núm. 3, 1988, pp. 487-519. ETHERINGTON, Norman: «A Tempest in a Teapot? Nineteenth-Century Contests for Land in South Africa's Caledon Valley and the Invention of the Mfecane'», *Journal of African History*, volumen XLV, núm. 2, 2004, pp. 203-219.

⁷ MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de...*, pp. 90-93.

⁸ FERRILL, Arther: *Los orígenes de la guerra (Desde la Edad de piedra a Alejandro Magno)*. Ediciones Ejército, Madrid, 1987, pp. 86-90. Véase también: SANTERO SANTURINO, José M.ª: «Del Nilo al Orontes», en *El Egipto de Ramsés II*, colección *Cuadernos Historia 16*, núm. 191, pp. 10-21.

Hatti y de las numerosas regiones extranjeras que estaban con ellos, de Arzawa, de Masa y de Pidasá, habiendo tres hombres por carro, actuando con fuerza, mientras que no había ningún oficial superior conmigo, ni carros, ni soldados del ejército, ni escuderos, mi infantería y mis carros se habían dispersado delante y no había quedado ni uno para combatirlos.

[...] Encontré a Amón cuando lo llamé [...] Me llama detrás de mí, como si estuviéramos frente a frente: «Estoy contigo, soy tu padre, mi mano está contigo, soy más útil que centenares de miles de hombres. Soy el señor de la victoria.

[...] ¡Tiraba a mi derecha y capturaba a mi izquierda! A sus ojos, era como Sutej (Set) en acción. Veía los 2.500 carros, en medio de los cuales me encontraba, derrumbándose ante mi atalaje [...] Yo sembraba la muerte entre ellos como quería. De ellos, el que caía no podía volver a levantarse.⁹

Una de las características más destacadas de este fragmento es el protagonismo de Ramsés II, en consonancia con la finalidad propagandística del relato. Él aparece como único artífice de una victoria que, dado el carácter divino del faraón, se da por segura desde el comienzo, pues se refiere al enemigo como «los vencidos de Hatti», incluso antes de comenzar la batalla. El providencialismo, manifestado en la intervención del dios Amón a favor del faraón, es la clave que permite comprender tan sorprendente victoria. Por tanto, no se trata de un discurso explicativo sino descriptivo, ya que al estar seguros de la victoria no interesa contar por qué se llegó a ese resultado sino cómo se desarrolló. En suma, el relato pudo parecer veraz en su época, pero hoy se aproxima más a la ficción que a una descripción realista de la batalla. No obstante, existe una versión coetánea del mismo acontecimiento plasmada en los bajorrelieves de varios santuarios que, sin renunciar a su carácter áulico, ofrece una visión más creíble del combate por Qadesh:

La llegada de los naharinos del faraón (venía) del país de Amurru. Encontraron que la tropa de los enemigos del Hatti había entrado en el campamento del faraón por el lado oeste, mientras que Su Majestad estaba sentado solo, su ejército no estaba con él, la tropa de sus carros [...] sus soldados, mientras que el ejército de Amón, en el que se encontraba el faraón, no había

⁹ DESROCHES NOBLECOURT, Christiane: *Ramsés II. La verdadera historia*. Ediciones Destino, Barcelona, 2004, pp. 161-163.

terminado de plantar el campamento, y que el ejército de Re y el ejército de Ptah estaban en marcha [...] todavía no habían llegado, (saliendo del) bosque de Robawi (Labuy). Y los naharinos atacaron la tropa del vil vencido de Hatti, mientras entraba en el campo del faraón – los servidores de Su Majestad los mataron y no permitieron escapar a ninguno de los dos –, su corazón fortalecido por la gran fuerza del faraón, su muy buen señor, que estaba detrás de ellos como una montaña de cobre y como un muro de hierro, para siempre jamás.¹⁰

El comienzo de la historia en Próximo Oriente fue similar al de Egipto, aunque con la escritura cuneiforme en lugar de la jeroglífica. Sin embargo, aquí también surgió la crónica, relativamente objetiva y con escasa intervención divina, pero sin renunciar a la finalidad propagandística. Incluso hacia el siglo VI a.C. aparece un relato histórico más realista y sin intervención divina, palpable, paradójicamente, en algunos pasajes del Antiguo Testamento, como el que recoge la batalla entre el rey David y su hijo Absalón. Precisamente por entonces los logógrafos griegos empezaban a desarrollar el relato histórico secular y racional, fruto de la reacción contra los mitos y que adquirió una triple finalidad social en Grecia y Roma: instrucción moral, formación de gobernantes y entretenimiento intelectual.¹¹

El avance con respecto a los relatos áulicos del antiguo Egipto y Próximo Oriente era notable, aunque eso no quiere decir que ya existiera una historia tal y como la entendemos en la actualidad. Siguiendo a Martín Alonso, es preciso señalar en primer lugar que se trata de una historia más apasionada que objetiva, es decir, dotada de una subjetividad incompatible con el carácter científico que le damos actualmente. Segundo, su finalidad didáctica moral y política es limitada, pues más que enseñar lo que pretende es fomentar la observación. Finalmente, esta historia consiste en una investigación, aunque centrada en las hazañas de los héroes y en la que se incluyen también elementos míticos y legendarios.¹² A todo ello cabe añadir que muchas de estas hazañas son de carácter bélico, por lo que no es de extrañar que la guerra constituya el principal tema de dos de los historiadores griegos más conocidos: Heródoto y Tucídides.

Heródoto de Halicarnaso (484-425 a.C.) intentó recopilar la historia universal desde su origen hasta la batalla de Micala (479 a.C.) en *Los nueve li-*

¹⁰ *Ibidem*, p. 181.

¹¹ MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de...*, pp. 94-110.

¹² ALONSO, Martín: «Tres historiadores de la Grecia Clásica vistos a escala mundial», en ALONSO, Martín (ed.): *Historiadores griegos*. EDAF, Madrid, 1972, pp. VII-XXXII y, especialmente, las pp. VII-XII.

bros de la historia, de los cuales los cuatro primeros están dedicados a Persia y el resto a las guerras médicas. Su estilo continúa el de los logógrafos, pero, a diferencia de aquellos, se centra más en la historia universal y el hombre. Su obra aporta numerosos datos etnológicos y geográficos, aunque lo más interesante es que consulta fuentes escritas y orales que somete a crítica.¹³ Esto no impide que en más de una ocasión haga referencia a la intervención divina, pero no en la misma medida que el poema de Pentaur. Heródoto sustituye al héroe individual y divinizado por un actor colectivo, los griegos, presente en una amplia serie de personajes que se suceden a lo largo de un relato racional y relativamente secular.

Considerado por unos como el padre de la historia también ha recibido numerosas críticas de otros, que lo acusan de cometer errores e incluso falsificaciones en datos geográficos, cronológicos y de historia militar. Las pruebas sobre las supuestas falsificaciones no son muy sólidas e incluso algunos de los errores se deben a fuentes supuestamente fiables o meros convencionalismos. Otros sí están acreditados, ya sean producto de incongruencias, la mala observación o la simple falta de conocimiento. Dentro de estos se incluyen los relativos a la historia militar, en la que no faltan las críticas a la descripción de la estrategia de griegos y persas, sus tácticas en las principales batallas y los problemas logísticos, achacados a la falta de formación militar del autor, aunque también se advierte su esfuerzo por racionalizar la información disponible.¹⁴ Pese a todos los errores que se le achacan a Heródoto, su descripción de la batalla de Maratón presenta notables diferencias con las dos versiones de Qadesh:

CXII. Dispuestos en orden de batalla y con los agüeros favorables en las víctimas sacrificadas, luego que se dio la señal, salieron corriendo los atenienses contra los bárbaros, habiendo entre los dos ejércitos un espacio no menor que de ocho estadios. Los persas, que les veían embestir corriendo, se dispusieron a recibirles a pie firme, interpretando a demencia de los atenienses y a su total ruina, que siendo tan pocos, viniesen hacia ellos tan de prisa, sin tener caballería ni ballesteros [sic]. Tales ilusiones se formaban los bárbaros; pero luego que de cerca cerraron con ellos los bravos atenienses, hicieron prodigios de valor dignos de inmortal memoria, siendo entre todos los griegos los primeros de quienes tenga noticia que usaron

¹³ ALONSO, Martín: «Tres historiadores de...», pp. XIII-XVII.

¹⁴ WATERS, K. H.: *Heródoto el historiador. Sus problemas, métodos y originalidad*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1996, pp. 138-150.

embestir de carrera para acometer al enemigo, y los primeros que osaron fijar los ojos en los uniformes del miedo y contemplar de cerca a los soldados que los vestían, pues hasta aquel tiempo sólo oír el nombre de medos espantaba a los griegos. CXIII. Duró el ataque con vigor muchas horas en Maratón, y en el centro de las filas en que combatían los mismos persas y con ellos los sacas, llevaban los bárbaros la mejor parte, pues rompiendo vencedores por medio de ellas, seguían tierra adentro al enemigo. Pero en las dos alas del ejército vencieron los atenienses y los de Platea, quienes viendo que volvía las espaldas el enemigo no le siguieron los alcances, sino que uniéndose los dos extremos acometieron a los bárbaros del centro, obligáronles a la fuga, y siguiéndoles, hicieron en los persas un gran destrozo, tanto que llegados al mar, gritando por fuego, iban apoderándose de las naves enemigas.¹⁵

Esta descripción de la batalla ha sido muy criticada por muchos historiadores, como Hans Delbrück, que dudan de que realmente los hoplitas griegos pudieran cargar contra los persas debido al peso de sus armaduras. De hecho, se demostró que era imposible correr kilómetro y medio con un peso similar al del equipo que llevaban los infantes griegos y llegar en condiciones de combatir cuerpo a cuerpo, sobre todo cuando la falange griega incluía en sus filas a ciudadanos de muy diversa edad y, en consecuencia, diferente estado físico. No obstante, cabe la posibilidad de que la aproximación se hiciera caminando y la carga quedara reducida al tramo final, cuando quedaron bajo el alcance de los arqueros persas. En cualquier caso, esta descripción resulta más creíble que el relato de Qadesh: no hay intervención divina ni una increíble proeza personal que explique la victoria, sino una acción colectiva e intrépida.¹⁶

Esta versión, aunque más veraz, también peca de subjetividad y no profundiza en la complejidad de la guerra, ya sea el comportamiento en combate o los factores que deciden la victoria o la derrota. Eso fue precisamente lo que intentó hacer Tucídides (455-395 a.C.) en su *Guerra del Peloponeso*, la primera obra en la que se intentó adentrarse en el estudio del poder y crear

¹⁵ HERÓDOTO: *Los nueve libros de la Historia, Libro VI (Erato)*, en: ALONSO, Martín (ed.): *Historiadores griegos*. EDAF, Madrid, 1972, pp. 497-498. La palabra «ballesteros» debe referirse en realidad a los arqueros, ya que la primera arma similar a la ballesta, el *gastrafetos*, no apareció hasta el siglo IV a.C.: FERRILL, Arther: *Los orígenes de...*, p. 238.

¹⁶ CRAIG, Gordon A.: «Delbrück: El Historiador Militar», en PARET, Peter (coord.): *Creadores de la Estrategia Moderna. Desde Maquiavelo a la Era Nuclear*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1991, pp. 343-370. FERRILL, Arther: *Los orígenes de...*, pp. 155-158.

un método para estudiarlo. Su perspectiva de la historia de la guerra difiere notablemente de la Heródoto, pues no redujo su explicación a impulsos personales sino que recurrió también a las ideas de potencia e idiosincrasia de los pueblos o Estados. Además, narra acontecimientos estrictamente contemporáneos, busca las causas y consecuencias de la guerra, ajenas a la épica y a la intervención divina, y se concentra en los aspectos políticos, sin distraerse en datos de muy diversa naturaleza. No obstante, todo esto no quiere decir que fuera más objetivo que Heródoto, tal y como se puede apreciar en los motivos que lo llevaron a escribir esta historia, concretamente justificar su propia actuación durante el conflicto y defender la política de Pericles. También está patente en la insistencia con la que culpa a Esparta del comienzo de la guerra:¹⁷

Este decreto del consejo de los lacedemonios, en que se determinó que las alianzas y confederaciones habían sido rotas, fue hecho y publicado el año catorce después de las treguas que se hicieron por treinta años, acabada la guerra de Eubea. Impulsó a los lacedemonios a hacer este decreto, no tanto el influjo de los aliados y compañeros cuanto el temor de que los atenienses creciesen en fuerza y poder, viendo que la mayor parte de Grecia estaba ya sujeta a ellos [...]¹⁸

Tucídides combina la narración cronológica de acontecimientos con discursos de los protagonistas. Estos últimos no son copias literales de los que pudieron haber pronunciado realmente, sino recursos estilísticos mediante los que intenta explicar las razones de sus actos. Además, en ellos podemos encontrar afirmaciones que van a más allá del personaje y el acontecimiento concreto para convertirse en conclusiones aplicables a cualquier guerra,¹⁹ como la importancia que da al dinero: «en caso de guerra, la victoria se alcanza por buen consejo y por la copia del dinero».²⁰ También reparó en la actitud belicosa de muchos jóvenes ante la ruptura de hostilidades, la cual no tardó en relacionar en su falta de experiencia: «y como al principio todos se disponen con ardor a la guerra, muchos jóvenes, así de Atenas como del Peloponeso, de buena gana se alistaban porque no la habían experimentado».²¹

¹⁷ ALSINA, José: *Tucídides. Historia, ética y política*. Ediciones Rialp, Madrid, 1981, pp. 19-36.

¹⁸ TUCÍDIDES: *Guerra del Peloponeso, Libro I*, en ALONSO, Martín: *Historiadores griegos*. EDAF, Madrid, 1972, p. 827.

¹⁹ ALSINA, José: *Tucídides...*, pp. 36-68.

²⁰ TUCÍDIDES: *Guerra del..., Libro II*, p. 881.

²¹ TUCÍDIDES: *Guerra del..., Libro II*, pp. 877.

Este protagonismo de la juventud y su inexperiencia, también ha sido recogido más recientemente por el historiador norteamericano Paul Fussell refiriéndose a la II Guerra Mundial:

La guerra se debe apoyar en los jóvenes, pues solo ellos tienen las dos cosas que exige la lucha: resistencia física e inocencia respecto de la propia mortalidad. Los jóvenes se enorgullecen de su capacidad atlética, y como su sentido del honor todavía no ha sufrido compromiso, constituyen el material más útil para abastecer la línea de combate.²²

El historiador griego concede a la guerra del Peloponeso una mayor importancia que a todas las anteriores, pese a lo cual no parece exagerar demasiado. Por ejemplo al referirse a la batalla de Mantinea (418 a.C.), señala que «no puedo determinar realmente el número de combatientes de una parte ni de ambas, porque los lacedemonios hacían sus cosas muy secretas y con gran silencio, ni menos el de sus contrarios, porque sé que los engrandecen hasta lo increíble».²³ Por el contrario, Heródoto cifró el ejército persa que Jerjes condujo a Grecia en más de cinco millones de personas, incluido el séquito, una cantidad que resultó dudosa para muchos y que Hans Delbrück demostró que era logísticamente imposible para aquella época.²⁴ La descripción de la batalla también es más detallada y realista que la de Heródoto, pues lejos de reducir el comportamiento de los soldados a una demostración colectiva de valor, Tucídides señala reacciones habituales en las batallas de la época:

Antes de afrontar unos con otros, Agis, rey de los lacedemonios, tuvo aviso de hacer una cosa para evitar lo que suele siempre ocurrir cuando se encuentran dos ejércitos, porque los que están en la punta derecha de una parte y de la otra, cuando llegan a encontrar a los enemigos que vienen de frente por la extrema izquierda, extiéndense a lo largo para cercarlos y cerrar; y temiendo cada cual quedar descubierto del costado derecho, que le cubre con el escudo, ampárase del escudo del que está a la mano derecha, pareciéndoles que cuanto más cerrados y espesos se encuentren, estarán más cubiertos y seguros. El que está al principio de la punta derecha muestra a los otros el camino para que hagan esto, porque no tiene ninguno a la mano derecha que le pueda amparar, y procura lo más que

²² FUSSELL, Paul: *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la segunda guerra mundial*. Turner Publicaciones, Madrid, 2003, p. 73.

²³ TUCÍDIDES: *Guerra del...*, Libro V, p. 1.176.

²⁴ CRAIG, Gordon A.: «Delbrück...», pp. 350-351.

puede hurtar el cuerpo a los enemigos de la parte que está descubierta, y por ello trabaja lo posible por traspasar la punta de ala de los contrarios que está frente a él, y cercarle y encerrarle por no ser acometido por la parte que tiene descubierta, y los otros todos le siguen por el mismo temor.²⁵

La historia de la guerra en la antigua Grecia quedaría incompleta sin la *Anábasis* de Jenofonte (435-355 a.C.), cuya producción escrita incluye obras de carácter histórico, político, militar y filosófico. Sin embargo, ésta la mejor y más conocida, en la que narra la retirada de los mercenarios griegos que lucharon a favor de Ciro el Joven en la batalla de Cunaxa (401 a.C.). Jenofonte no se limita a contar la sucesión de acontecimientos en torno a esta épica retirada, sino que también ofrece una gran variedad de datos de interés histórico, geográfico y etnográfico.²⁶ Sin embargo, lo más interesante para la historia militar es que, según Emile Wanty, se trata de «la primera historia militar técnica en forma de diario de campaña», pues recoge las principales características de este tipo de historia: descripciones geográficas, organización de fuerzas militares, características del mando, inteligencia, planificación, táctica, logística, consejos y arengas.²⁷

La triple finalidad social que caracterizaba a la historia griega continuó en la romana, uno de cuyos principales historiadores fue Julio César, autor de una amplia y variada obra en la que destacan *De Bello Gallico* y *De Bello Civili*. Ambas han constituido fuentes históricas de consulta obligada para el estudio de la conquista de las Galias y la guerra civil entre Pompeyo y César. De hecho, la primera de ellas usó una amplia gama de fuentes, desde informes, despachos, decretos senatoriales y otras fuentes oficiales hasta mapas, datos etnográficos de origen griego e información recibida de prisioneros y espías. Sin embargo, no se trata de historias ni memorias ni autobiografías, sino de *Commentarii*, es decir, recopilaciones de datos que sirvieran posteriormente para hacer las correspondientes historias de ambas guerras. Este propósito está relacionado con uno de los principales debates que han suscitado: su falta de objetividad. El carácter propagandístico de su obra responde a la necesidad de justificar su actuación ante el Senado, lo cual lo condujo a un ejercicio de deformación histórica a través de la

²⁵ TUCÍDIDES: *Guerra del...*, Libro V, pp. 1.177-1.178. Esta descripción ya fue destacada por, KEEGAN, John: *El rostro de la batalla*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid, 1990, pp. 77-80.

²⁶ ALONSO, Martín: «Tres historiadores de...», pp. XXIII-XXIX.

²⁷ PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la historia militar? (Reflexiones desde la milicia)*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid, 1992, pp. 28-34. Véase la cita de Emile Wanty en la p. 29.

selección de temas, omisiones, separación de datos, exageraciones y atenuaciones, disgresiones, manipulación de la percepción del tiempo y el espacio, justificación de sus fracasos y culpar a otros de las guerras que inició.²⁸ Sirva como ejemplo la derrota de Avárico, la cual atribuyó César a la indisciplina de sus legionarios:

Al día siguiente, César convocó una asamblea en la que reprochó la imprudencia y la fogosidad de los soldados, porque habían decidido por sí mismos hasta dónde les parecía que debían avanzar o lo que había que hacer, y no se habían detenido cuando se dio la señal de retirada, ni tampoco los habían podido refrenar los tribunos militares y los legados. Les explicó la importancia que revestía una posición en desventaja, y lo que él mismo había pensado ante Avárico, cuando, con los enemigos sorprendidos sin jefe ni caballería, había dejado escapar una victoria segura para que en la lucha no se produjera ni la más leve pérdida por culpa de su posición desfavorable: «Que, lo mismo que admiraba el coraje de aquellos a quienes ni las fortificaciones del campamento, ni la altura de la montaña, ni la muralla de la plaza habían podido detener, así también les reprochaba su indisciplina y su arrogancia, por haber pensado que ellos sabían más que su general sobre la victoria y sobre el resultado de las acciones. Que de un soldado él esperaba prudencia y contención, no menos que valor y coraje».²⁹

Esta intencionalidad también está presente en la obra de Tucídides, pero el resultado no es el mismo. César se limitó a recopilar los materiales que algún día servirían para redactar la correspondiente historia, mientras que el historiador griego se propuso hacer una investigación sobre la guerra del Peloponeso, prestando especial atención a sus causas y consecuencias e incluso obteniendo conclusiones generalizables más allá del marco temporal estudiado. Ambos describen batallas, aunque de forma muy diferente, tal y como señaló John Keegan al comparar la descripción cesariana de la batalla de Nervii (57 a.C.) con la que hizo Tucídides sobre la de Mantinea (418 a.C.). En la primera están separadas claramente las fases de la acción, se uniformiza el comportamiento de los combatientes y se simplifica su caracterización y motivación. En cambio, en la segunda la narración se hace más

²⁸ CAEROLS, José Joaquín: «Introducción», en CÉSAR, Julio: *Comentarios a la guerra de Las Galias*. Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 9-35, especialmente las pp. 24-32.

²⁹ CÉSAR, Julio: *Comentarios a la guerra de las Galias*. Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 268-269.

compleja en la caracterización y motivación de los combatientes, así como en la descripción del ejército como institución. En otras palabras, César hace una historia particular y llena de convencionalismos, mientras que Tucídides intenta confeccionar una historia general.³⁰

En suma, los historiadores griegos y romanos, pese a sus diferencias, presentan una serie de características más o menos comunes, tal y como ha señalado Fernando Pinto Cebrián. En primer lugar, la gran importancia concedida al acontecimiento bélico, identificado principalmente con la batalla. Segundo, la finalidad didáctica, ligada a la creencia en la posibilidad de extraer conclusiones de las guerras pasadas. Tercero, suele tratarse de una historia coetánea a sus autores. Cuarto, su rigurosidad está limitada por las referencias a las divinidades y las leyendas, así como a la subjetividad del autor y el carácter propagandístico. Finalmente, se desarrolla con una gran variedad de estilos, aunque carece de la sistematización de historiadores y tratadistas militares posteriores.³¹ A todo lo dicho cabe añadir un elemento muy importante, habitual en las historias redactadas en el Mundo Clásico: la existencia de un relato secular y racional, que se esfuerza por ofrecer un discurso que, si no pretende ser siempre una reconstrucción exacta del pasado, al menos intenta parecer veraz. No se trata de una historia científica tal y como la entendemos hoy, pero sí se aproxima más a ella que las versiones de la batalla de Qadesh e incluso que las historias elaboradas en la Edad Media.

Bajo el providencialismo medieval

La historia elaborada durante el milenio que siguió a la caída del Imperio Romano de Occidente era muy diferente de la que habían hecho autores como Tucídides y Julio César. Una de sus características era su desarrollo lineal, con un claro punto de referencia en el comienzo de la era cristiana. Otra, no menos importante, consiste en el enfrentamiento entre el bien, representado por la cristiandad, y el mal, encarnado por el paganismo, presente ya en *La Ciudad de Dios* de San Agustín. Esta historia que no pretende explicar nada sino sólo ser comprendida se desarrolla bajo la guía del providencialismo: es Dios quien decide el curso de la historia, aunque se reconozca cierta capacidad de acción al hombre.³² Este providencialismo ya fue utilizado por

³⁰ KEEGAN, John: *El rostro de...*, pp. 74-80.

³¹ PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la...*, pp. 44-47.

³² ORCÁSTEGUI, Carmen y SARASA, Esteban: *La historia en la Edad Media*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1991, pp. 19-25.

Isidoro de Sevilla (560-636) para atribuir a la intervención divina el fin de las campañas bélicas de vándalos, suevos y alanos en la península Ibérica, o para relatar la increíble muerte del rey vándalo Gunderico:

73. En la era CCCXLVIII, después del terrible exterminio de aquellas plagas con que España fue destrozada, los bárbaros, dirigiendo su mira, al fin, gracias a la misericordia divina, a la instauración de la paz, se dividen por suertes las provincias para su posesión. Los vándalos y los suevos, en efecto, ocupan Galicia, los alanos la provincia Lusitana y la Cartaginense, y, a su vez, los vándalos llamados silingos obtienen en suerte la Bética. Por su parte, los hispanos, azotados por las plagas en las ciudades y en las fortalezas restantes se someten a la servidumbre de los bárbaros dominadores. Fue Gunderico el primer rey vándalo que subió al poder en España, reinando en la región gallega durante dieciocho años. Éste, que tenía sitiado al pueblo suevo en los montes Erbasos, roto el pacto de paz, abandonando el asedio, saquea las islas Baleares de la provincia Tarraconense. Después, arrasado Cartago Espartaria, pasó con todos los vándalos a la Bética, destruyó Sevilla, y, tras de realizar una matanza, la sometió al saqueo. Gunderico, al poner irreverentemente su mano, con la autoridad de la potestad regia, en la basílica del mártir Vicente de la misma ciudad, murió de repente por el juicio de Dios, arrebatado por el demonio delante del templo.³³

Precisamente fue Isidoro de Sevilla el que distinguió tres géneros históricos, anales, crónicas e historias, a partir de la relación existente entre los acontecimientos narrados y el historiador. Los anales recogían acontecimientos anteriores al autor, mientras que las crónicas eran codificaciones de fechas con sus acontecimientos y las historias consistían en acontecimientos coetáneos al autor. Esta clasificación, aparentemente sencilla, fue sustituida en la realidad por una gran confusión, ya que era frecuente que estos términos tuvieran otros significados o que fueran utilizados indistintamente para referirse a la misma obra. La metodología es común: historia providencialista que describe acontecimientos relativos la mayoría de las veces a los reyes y sus guerras, en los que suele estar presente la relación entre el bien el mal. Esta historia, elaborada por historiadores no profesionales que en muchas

³³ RODRÍGUEZ ALONSO, Cristóbal: *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, edición crítica y traducción*. Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», Archivo Diocesano y Caja de Ahorros y Monte de piedad de León, León, 1975, pp. 291 y 293.

ocasiones eran clérigos, no quería confundirse con la poesía, concretamente con los cantares de gesta, en los que también se recogía hazañas bélicas de monarcas y caballeros.³⁴ No obstante, eso no quiere decir que, por ejemplo, el asentamiento de los bárbaros en Hispania que describió Isidoro de Sevilla resulte más creíble que la batalla de Cuarte (1094) en el *Cantar del Cid*:

Ya han salido todos armados por las torres de Cuarto, y el Cid va previniendo y aleccionando bien a su gente. A las puertas de la ciudad dejan algunos hombres de confianza. El Cid salta sobre su caballo Babieca, que está provisto de toda guarnición. Sale con ellos la enseña. Ya están fuera de Valencia. Con el Cid van cuatro mil menos treinta, y denodadamente van a atacar a los cincuenta mil contrarios. Álvar Álvarez y Minaya entraron a punto por el otro lado. Y plugo al Creador que fuera suya la victoria.

El Cid empleó la lanza, y (cuando la hubo quebrado) metió la mano a la espada y mató innumerables moros; la sangre le chorreaba por el codo. Tres golpes le asesta al rey Yúsuf, el cual se le escapa de la espada a toda rienda y se le oculta en el castillo de Cullera. Hasta allá le sigue al alcance el Cid de Vivar, con algunos buenos vasallos que le acompañan. De allá se volvió el bienhadado, muy complacido de la captura. Entonces supo lo que valía Babieca, desde la cabeza hasta el rabo. Todo el botín queda por suyo. Echaron cuentas de los cincuenta mil enemigos, y no se habían escabullido más de ciento cuatro. Sus mesnadas recogieron los despojos del campo; hasta tres mil marcos han hallado en oro y plata; y lo demás, ni lo cuentan. Alegre está el Cid, no menos alegres sus vasallos, que Dios les ha concedido la victoria campal [...] ³⁵

La metodología medieval está en consonancia con las fuentes utilizadas, entre las cuales la más importante era la experiencia directa, seguida del testimonio oral y, en último lugar, las fuentes escritas. La segunda se revalorizaba en el caso de acontecimientos lejanos en el tiempo y el espacio, como las cruzadas. En cuanto a las fuentes escritas, tampoco destacaban por su rigor, pues en orden decreciente comenzaban con la Biblia, a la cual seguían Flavio Josefo, Orosio, los primeros historiadores de los pueblos germánicos

³⁴ ORCÁSTEGUI, Carmen y SARASA, Esteban: *La historia en...*, pp. 26-43.

³⁵ ANÓNIMO: *Cantar del Cid*. Espasa-Calpe, Madrid, 1980, pp. 185 y 187. Esta prosificación moderna del *Cantar* fue realizada por Alfonso Reyes a partir del texto antiguo preparado por Ramón Menéndez Pidal.

y otros autores. La consulta de las fuentes archivísticas quedó relegada al último lugar y sobre todo a partir del siglo XII. En cualquier caso, no existía una auténtica crítica de fuentes, a pesar de que algunos autores mostraran cierta precaución frente a la tradición oral. No existía ninguna pretensión de explicar la realidad sino sólo de ilustrar la intervención divina en el mundo terrenal, por lo que se aceptaba la tradición, aunque incluyera datos inverosímiles e incluso lo que pudo ocurrir en lugar de lo que sucedió.³⁶

No obstante, a partir del siglo XII comienza un tímido proceso de secularización en un contexto marcado por el desarrollo de las ciudades y la economía urbana, el refuerzo de las monarquías y la formación de una nobleza cortesana y caballeresca. La historia seguía manteniendo el moralismo anterior, aunque a partir de entonces era escrita en lenguas vernáculas y con cierto patriotismo.³⁷ Fruto de esta evolución surgen tres nuevos tipos de historia: la historia caballeresca, las grandes crónicas nacionales y la historia urbana. Los dos primeros están estrechamente relacionados con la actividad bélica, aunque también se diferencian entre sí. La historia caballeresca sustituye a la historia de las cruzadas, centrada en la vida cortesana y hazañas guerreras de la nobleza, mientras que la gran crónica nacional aparece al servicio de las monarquías, sobre todo en Francia e Inglaterra.³⁸

El refuerzo del poder monárquico está relacionado con el desarrollo de la gran crónica nacional. La península Ibérica no fue una excepción al respecto, pues Castilla contó con la *Primera Crónica General* de Alfonso X el Sabio, mientras que en la Corona de Aragón destacaron algunas como la de Ramón Muntaner.³⁹ Este último nació en Peralada hacia 1265 y participó en numerosas campañas militares y navales por el Mediterráneo, de modo que muchos de los acontecimientos narrados fueron presenciados por él, lo cual confiere cierta veracidad a la narración, aunque se ve obligado a consultar otras fuentes y «reconstruir» aquello que no vio. Los protagonistas de su *Crónica*, escrita hacia 1325, son los reyes y grandes señores, tal y como se puede apreciar en el omnipresente providencialismo monárquico a favor de la casa de Aragón que destila su obra. Las exageraciones son frecuentes, como no podía ser de otra manera en una serie de aventuras y hazañas en las que Dios ayuda a los buenos, identificados con los aragoneses, frente a enemigos muy superiores.⁴⁰ El providencialismo y la gesta heroica se mezclan

³⁶ ORCÁSTEGUI, Carmen y SARASA, Esteban: *La historia en...*, pp. 44-51.

³⁷ MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de...*, pp. 120-122.

³⁸ ORCÁSTEGUI, Carmen y SARASA, Esteban: *La historia en...*, pp. 219-230.

³⁹ *Ibidem*, pp. 222-229.

⁴⁰ FUSTER, Joan: «Introducción», en MUNTANER, Ramón: *Crónica*. Alianza Editorial, Madrid, 1970, pp. I-XXXI.

con personajes y datos históricos para mayor gloria de la Corona de Aragón, sin importar que la hipérbole haga increíble los sucesos narrados. Valga como ejemplo la descripción la batalla dirigida por el propio Muntaner contra los alanos, en la que aniquiló a una fuerza muy superior a la suya:

[...] Al llegar la noche se iban los que debían quedarse, de modo que no quedaron conmigo más que ciento treinta y cuatro hombres de a pie, entre hombres de mar y almogávares, y siete caballos armados, que pertenecían a mi casa [...] Y así quedé, mal acompañado de hombres y bien acompañado de mujeres, que siempre quedarían más de dos mil.

De modo que la hueste se fue en buena hora, y tanto anduvieron en sus jornadas que entraron en el imperio de Lantzar por una hermosa planicie. Girgon, jefe de los alanos, que había matado con sus manos al César en Andrinópolis, estaba allí, y tenía a sus órdenes unos tres mil hombres de a caballo y cerca de seis mil hombres de a pie, y estaban todos con sus mujeres y sus chiquillos, pues los alanos hacen lo mismo que los tártaros, que andan siempre con todo lo suyo y jamás paran en ninguna ciudad ni villa ni población.

[...]

¿Qué os diré? La batalla fue dura y duró todo el día, y al mediodía ya había muerto su jefe Girgon, que perdió la cabeza y sus estandartes fueron abatidos, de modo que todos se desbarataron.

¿Qué os diré? Que de todos los alanos no escaparon, entre de a pie y de a caballo, ni trescientos hombres, ya que todos murieron porque les dolía separarse de sus mujeres y de sus hijos.⁴¹

La historia caballeresca comenzó a sustituir en el siglo XIII a la historia de las cruzadas. Uno de sus autores más destacados fue Jean de Froissart (1337-1414), el cual narró los sucesos de la Guerra de los Cien Años hasta 1400. Protegido de la reina Philippa de Hainaut, viajó por Francia e Italia. A partir de 1369 fue canónigo y tesorero de la abadía de Chimay y desde 1386 capellán de Guy de Blois.⁴² Esta experiencia le permitió entrar en contacto con actores y testigos de los acontecimientos que narra, aunque este dato también ayuda a comprender el enfoque dado a su obra, al servicio de la nobleza, y su falta de objetividad manifiesta al servicio del monarca in-

⁴¹ MUNTANER, Ramón: *Crónica*, pp. 457-458.

⁴² CIRLOT, Victoria, y RUIZ DOMENEC, J. E.: «Introducción», en FROISSART, Jean: *Crónicas*. Ediciones Siruela, Madrid, 1988, pp. IX-XXXV.

glés. Sus *Crónicas* están dedicadas a rememorar las hazañas bélicas de esta contienda, desde el punto de vista de la realeza y la monarquía, por lo que la guerra se convierte en su tema central. No se trata de un cantar de gesta ni una novela de caballería, pero tampoco es más objetivo y realista que aquellas, por más que afirme basarse en «la verdadera información» que le proporcionaron los protagonistas.

A fin de que sean notablemente registrados, vistos y conocidos en los tiempos presentes y venideros las grandes maravillas y los hermosos hechos de armas que han ocurrido por las grandes guerras de Francia e Inglaterra y de los reinos vecinos y en las que son causa los reyes y sus consejeros, quiero ocuparme ahora de ordenarlos y relatarlos en prosa según la verdadera información que he obtenido de hombres valerosos, caballeros y escuderos que les ayudaron a crecer, así como de algunos reyes de armas y de sus mariscales que por derecho son y deben ser justos inquisidores y relatores de tales necesidades.⁴³

El partidismo de Jean de Froissart por la causa inglesa explica más de una de las exageraciones presentes en su obra, como la desproporción entre las fuerzas francesas e inglesas enfrentadas, en beneficio de las primeras, o la gran diferencia en el número de bajas que sufrieron, a favor de las últimas. Sin embargo, la comprensión de las hazañas que narra no se reduce al providencialismo sino que presenta un carácter inmanente, derivado del valor de los reyes y caballeros que protagonizaron los hechos de armas. La insistencia en el valor personal como elemento principal no resulta siempre creíble al lector actual, pero a veces es posible advertir un atisbo de realismo, más allá de la descripción de personajes históricos, que diferencia esta obra del género épico. Así ocurre con la importancia concedida a los arqueros galeses o en la mención de la matanza y el pillaje que siguieron a la batalla de Crécy (1346):

Os digo que aquel día los arqueros de Inglaterra fueron de gran ayuda para los suyos, y muchos dicen que el trabajo se hizo por sus disparos, aunque hubo allá algunos valientes caballeros que combatieron mano a mano con valor y realizaron hermosos hechos de armas. Pero hay que reconocer que los arqueros cumplieron un gran cometido, pues por sus disparos fueron derrotados los genoveses que eran unos quince mil, lo que para los ingleses fue una gran ventaja. Una gran cantidad de gente ricamente armada y equipada y bien montada, según se mon-

⁴³ FROISSART, Jean: *Crónicas*, p. 3.

taba entonces, fueron destruidos y perdidos por los genoveses que tropezaban entre ellos y se mataban entre sí, de modo que no se podían levantar ni recuperar. Entre los ingleses había muchos saqueadores y ribaldos, de Gales y Cornuailles, que perseguían a las gentes de armas y arqueros, mataban sin merced a condes, barones, caballeros y escuderos, por muy grandes señores que fueran. De ese modo fueron muchos asesinados, lo que fue una gran pena, y por lo que luego el rey de Inglaterra se irritó mucho de no haberlos hecho prisioneros con rescate.⁴⁴

La guerra continuaba siendo el tema preferente en la historia de la Baja Edad Media, al igual que lo había sido en Tucídides, Heródoto y Julio César, con una subjetividad más que evidente e incluso explícita en más de una ocasión. Sin embargo, a diferencia de aquellos, carecía del carácter de investigación que le dieron los historiadores griegos, no se planteó la búsqueda de conclusiones más generales que aparecen en la narración de Tucídides, ni se esforzó por hacer creíble una narración que, en el caso de Julio César, debía justificar sus actos. Lo más parecido en este sentido a la historia clásica lo encontramos precisamente fuera del ámbito de la Europa cristiana medieval, en la figura de Ibn Jaldún (1332-1406). Para este historiador árabe la historia es una ciencia y, aunque el concepto de ciencia no era el mismo en el Medievo que en la Contemporaneidad, las características y la función que le atribuye no difieren mucho, salvo en su consideración como una rama de la filosofía, de la actualidad:

Considerando a la historia en su aspecto exterior, parece que no pasa de ser una serie de anales y acontecimientos que han marcado el curso de épocas y Estados de la antigüedad, y que testimonian el paso de generaciones anteriores. Es por tanto que en ella se cultivan diversos giros y citas sentenciosas, que son motivo de solaz en reuniones y celebraciones multitudinarias; es ella la que nos hace conocer la índole de la creación y sus trastornos experimentados. Nos ofrece un vasto panorama en donde se observa a los imperios promover su carrera; nos muestra cómo los diversos pueblos han poblado el mundo hasta que la hora de la partida les fue anunciada, y que el momento de su ocaso ya había llegado. Mas la ciencia histórica tiene sus caracteres intrínsecos: que son el examen y la verificación de los hechos, la investigación atenta

⁴⁴ FROISSART, Jean: *Crónicas*, pp. 115-116.

de las causas que los han producido, el conocimiento profundo de la naturaleza de los acontecimientos y sus causas originantes. La historia, por tanto, forma una rama importante de la filosofía y merece ser contada en el número de sus ciencias.⁴⁵

Nacido en Túnez, en el seno de una familia andalusí de origen árabe, Ibn Jaldún fue cortesano, político y diplomático, lo cual lo llevó a viajar por el mundo árabe y la España cristiana. Su gran obra, *Al-Muqaddimah*, redactada en 1374-1378 y revisada posteriormente, recoge una amplia variedad de contenidos en seis libros, entre ellos la historia. En ella encontramos dos características que lo distinguen claramente de los historiadores medievales y lo acercan a los clásicos de la Antigüedad: la utilización de numerosas fuentes, citadas normalmente de forma exacta, y la crítica documental rigurosa, huyendo de lo fantástico, aunque también con prejuicios racistas, elitistas y religiosos. Su estilo sencillo, el relato reflexivo y la imparcialidad política completan las características de una obra que aún hoy podemos considerar excepcional.⁴⁶ Su contenido no se limita ni mucho menos a la guerra, pero la visión que nos ofrece de ésta va más allá que las descripciones más o menos fantásticas de los historiadores de su época, sobre todo al intentar generalizar sobre las causas de las guerras y los factores de influyen en la victoria de uno u otro bando:

[...] La guerra es cosa natural al hombre, no hay ninguna raza, ningún pueblo, a salvo de ella. El deseo de venganza tiene por motivo generalmente la rivalidad de intereses y la envidia, o bien el espíritu de agresión, o bien la cólera, que induce a castigar a los enemigos de Dios y de su religión, o bien todavía aquella que se experimenta cuando se trata de defender el reino y procurar su consolidación. Es comúnmente por el primer motivo que la guerra estalla entre las tribus vecinas y los pueblos rivales, el segundo, o sea, el espíritu de agresión, existe sobre todo en los pueblos semisalvajes que viven en los desiertos, como los árabes, los turcos, los turcomanos, los kurdos y demás grupos similares; pueblos que han hecho de sus lanzas el medio de ganarse la vida y del hurto a los demás el modo de subsistir. Por ello declaran la guerra a quien quiera

⁴⁵ IBN JALDÚN, Abd-ar-Rahman ibn Muhammad: *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1997, pp. 92-93.

⁴⁶ TRABULSE, Elías: «Estudio preliminar», en IBN JALDÚN: *Introducción...*, pp. 9-30, concretamente las pp. 9-14.

defender sus pertenencias. Su objeto no va más allá del botín; no pretenden hacerse de un rango ni fundar un imperio. Su única preocupación, su máxima meta, es saquear a las demás gentes. El tercer motivo da lugar a lo que la ley designa por el término «djihad» (guerra santa). El cuarto motivo conduce al gobierno de un reino a combatir a los insurrectos contra su régimen o que rehúsan reconocer su autoridad. De estas cuatro especies de guerras, las dos primeras son inicuas y perversas; las dos últimas, justas y santas.⁴⁷

*En la guerra no es posible tener certeza acerca de la victoria, aunque se contara con los móviles conducentes a ella, como numerosas tropas y abundantes abastecimientos. La victoria es un asunto de suerte y azar; pero vamos a explicar lo que se entiende por estos términos. En la mayoría de los casos, la victoria depende de un conjunto de factores, unos visibles y otros ocultos. Los factores visibles son los efectivos militares y su considerable número, su cabal equipo y la excelencia de su armamento, la multitud de guerreros valientes, la organización de batalla, la entereza en el ataque y otras cosas de esa índole. Los factores ocultos forman dos categorías: la primera consiste en ardidés de guerra [...] dentro de la segunda categoría se incluyen cosas celestiales de las que el hombre no podría disponer y las cuales, obrando sobre los corazones, los llenan de terror, de donde resulta que los combatientes abandonan sus posiciones en retirada desordenada [...]*⁴⁸

En estos pasajes subyace una filosofía de la historia muy diferente a la que se percibe en los historiadores del Medievo europeo. Ibn Jaldún aplicó un enfoque histórico para estudiar las sociedades, a partir de la clasificación de los acontecimientos, su crítica y la búsqueda de sus causas. Dentro de este objeto de estudio distinguió dos tipos de sociedades, la sedentaria y la nómada, a las cuales comparó e intentó explicar sus diferencias. Consideró que la historia era una ciencia que podía obtener leyes generales a partir de la observación y la crítica, e incluso, al igual que Tucídides, le atribuía una capacidad prospectiva, aunque, a diferencia de aquel, no creía que el hombre fuera el actor que protagonizaba el acontecimiento sino la voluntad divina. En este sentido, el providencialismo queda reducido al individuo, sin

⁴⁷ IBN JALDÚN, *Introducción...*, p. 493.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 500-501.

extenderlo a la organización social, cuya evolución se inserta en una visión pesimista de la historia, en la cual la decadencia es inevitable. No fue un precursor del pensamiento moderno, pero su intención de hacer una historia general a partir de observaciones fue excepcional y una de las cumbres de la cultura islámica medieval.⁴⁹

De la recuperación del relato secular y racional a la búsqueda de la científicidad

A partir del siglo XV se va desarrollando un nuevo contexto que va a favorecer el retorno del relato racional y secular que existió en la Antigüedad. La formación del Estado moderno, el desarrollo del capitalismo comercial, los descubrimientos geográficos, los avances tecnológicos y la recuperación de las obras clásicas marcan el comienzo de una nueva época en la que el relato histórico ya no se conforma con entretener y asombrar sino que pretende indagar, es decir, reconstruir de la forma más creíble posible lo que realmente ocurrió. De forma paralela, se fue desarrollando la crítica documental hasta constituir una nueva disciplina, la diplomática, gracias a las aportaciones de Jean Mabillon a finales del siglo XVII.⁵⁰ Estas características generales se manifiestan también en la historia militar de esos años, la cual intenta ser más veraz y transmitirse de forma sistemática y didáctica como legado de la experiencia de los jefes militares.⁵¹

Se ha debatido sobre la influencia de los autores clásicos en los jefes militares renacentistas, aunque todo apunta, tal y como señala John Keegan, a que su formación se debía más a su experiencia que al estudio de los autores clásicos.⁵² Éste no fue el caso de Nicolás Maquiavelo (1469-1527), secretario de la República de Florencia, cargo en el que tuvo competencia en asuntos políticos y militares, hasta que el retorno de los Medici provocó su caída en desgracia. Precisamente a partir de entonces, alejado de la política, escribió una serie de obras entre las que se incluye *Del arte de la guerra*, terminada en 1520. No es un libro de historia sino uno de los tratados militares escritos en aquella época, aunque en ninguno de ellos se advierte la unión entre guerra y política presente en éste. Escrito en forma de diálogo entre personajes reales, el *condottiero* Fabrizio Colonna expresa las ideas del autor sobre la guerra a lo largo de siete libros o capítulos: reclutamiento (libro primero); ar-

⁴⁹ TRABULSE, Elías: «Estudio preliminar», pp. 14-27.

⁵⁰ MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de...*, pp. 126-138.

⁵¹ PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la...*, p. 56.

⁵² KEEGAN, John: *El rostro de...*, pp. 73-74.

mas e instrucción (libro segundo); orden de batalla y moral (libros tercero y cuarto); reconocimiento (libro quinto); acuartelamiento y disciplina (libro sexto); fortificación (libro séptimo).⁵³

Maquiavelo no pretendía hacer una historia, pero recurre constantemente a ella para buscar soluciones a los problemas de su tiempo. Uno de los más acuciantes era la frecuente utilización de mercenarios en las guerras que asolaban a la península italiana y que él identifica exclusivamente con los *condottieri*. El humanista florentino rechazó de pleno la contratación de mercenarios y tampoco se mostró proclive a la creación de un ejército profesional permanente, en el cual veía un coste económico excesivo y el riesgo de la rebelión. Prefería en su lugar a un ejército de ciudadanos ocasionalmente preparados para la guerra y, paradójicamente, tomó como ejemplos a los mercenarios suizos de su época y los legionarios de la antigua Roma.⁵⁴ Precisamente en ella veía el modelo a seguir para formar el nuevo Ejército, en el que ni siquiera los generales continuarían en su cargo una vez finalizada la guerra:

Pompeyo, César y la mayoría de los generales romanos posteriores a la última guerra púnica se hicieron famosos por su valentía, no por su honradez; sus predecesores, por el contrario, habían ganado fama por ambas cosas. Ello fue así porque éstos no convirtieron el ejercicio de las armas en oficio, y los otros sí. Mientras la república no se corrompió, jamás un ciudadano eminente se valió durante la paz del ejercicio de las armas para violar las leyes, expoliar las provincias, usurpar el poder, tiranizar a su patria y someterlo todo a su voluntad. Nadie, ni aun de ínfima condición, pensó en violar su juramento, conspirar contra el poder, desprestigiar al Senado o dar su apoyo a algún intento tiránico para seguir viviendo a costa de la guerra. Los generales, satisfechos de su victoria, retornaban gustosos a su vida privada; los guerreros deponían las armas con más contento que cuando las habían empuñado; y cada cual volvía al oficio en el que se había venido ganando la vida. Jamás nadie esperó medrar gracias a los botines de guerra o a las armas.⁵⁵

Maquiavelo creía que la Antigüedad clásica era la fuente que proporcionaba el modelo a seguir para solucionar los males de su época, los cuales atribuía a la organización existente entonces. Sin embargo, su visión de los ejércitos griegos y romanos era estática, ya que no contempló su evolución a lo largo de un milenio de historia. Quizá por ello afirmaba la supremacía de la infantería sobre las demás armas, aplicable a gran parte de la Antigüe-

⁵³ CARRERA DÍAZ, Manuel: «Estudio preliminar», en MAQUIAVELO, Nicolás: *Del arte de la guerra*. Editorial Tecnos, Madrid, 1988, pp. IX-XXXVI, concretamente las pp. IX-XVII.

⁵⁴ CARRERA DÍAZ, Manuel: «Estudio preliminar», pp. XVII-XXIII.

⁵⁵ MAQUIAVELO, Nicolás: *Del arte de...*, p. 18.

dad, pero su idea de logística era irreal y también creía erróneamente que se debían aplicar al pie de la letra los esquemas tácticos descritos por autores como Tito Livio, Frontino y Vegecio.⁵⁶ Era consciente de la necesidad de una renovación en la organización de los ejércitos, pero no de que el modelo clásico no era completamente extrapolable a la Italia del siglo XVI ni terminó de comprender el alcance de dos novedades omnipresentes durante los siguientes siglos: los ejércitos profesionales y la artillería.⁵⁷ La verdad es que, tal y como pudo comprobar el propio Maquiavelo, los esquemas clásicos resultaban irrealizables en la práctica, e incluso los historiadores han debatido que la táctica manipular describe más una maniobra de adiestramiento que el desarrollo de un combate real:

Eran las tropas ligeras las que iniciaban las hostilidades; si vencían, cosa que ocurría raras veces, explotaban la victoria; si eran rechazadas se retiraban a lo largo de los flancos del ejército o por los intervalos dispuestos al efecto, ubicándose en la retaguardia. Al dejar ellos el campo libre, entraban en liza los astarios, que en caso de verse arrasados, se iban retirando poco a poco a través de los espacios existentes entre los príncipes y uniéndose a ellos, renovaban el ataque. Si también éstos resultaban rechazados, se retiraban a los huecos de las líneas de los triarios y, todos juntos, formando un bloque, volvían a la carga. Si aún así eran vencidos, ya no había remedio, porque no existían más posibilidades de reorganizarse.⁵⁸

Sin embargo, estuvo mucho más acertado al exponer la estrategia de aniquilamiento del enemigo y también las «reglas generales» que todo comandante había de tener en cuenta, como «Es preferible rendir al enemigo por hambre que con las armas, porque para vencer con éstas cuenta más la fortuna que la capacidad» y «Difícilmente resulta vencido el que sabe evaluar sus fuerzas y las del enemigo».⁵⁹ Esta última resulta interesante al recoger una conclusión de carácter general, aplicable a cualquier guerra e incluso similar a la que llegó el sabio chino Sun Tzu a finales del siglo VI o principios del V a. C. No existen pruebas de que Maquiavelo conociera sus escritos, ni siquiera está claro que Sun Tzu existiera realmente, pero la si-

⁵⁶ CARRERA DÍAZ, Manuel: «Estudio preliminar», pp. XVII-XXXIV.

⁵⁷ GILBERT, Félix: «Maquiavelo: El renacimiento del arte de la guerra», en PARET, Peter (coord.): *Creadores de la...*, pp. 23-42.

⁵⁸ MAQUIAVELO, Nicolás: *Del arte de...*, p. 82.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 192-194.

militud entre ambas sentencias, separadas por más de dos mil años y en dos contextos culturales completamente distintos, hace pensar en la posibilidad de teorizar sobre la historia de la guerra más allá del contexto histórico:

Conoce a tu enemigo y concóctete a ti mismo: si tuvieras que librar cien guerras, serás cien veces victorioso.

Si no conoces a tu enemigo y te conoces a ti mismo, tus posibilidades de perder y de ganar serán iguales.

Si no conoces ni a tu enemigo ni a ti mismo, sólo contarás tus combates por tus derrotas.⁶⁰

La historia de los acontecimientos bélicos coetáneos también tuvo continuidad durante el siglo XVI, con obras como *Guerra de Granada*, de Diego Hurtado de Mendoza (1500/05-1575/77), cuya crudeza y realismo la aleja de las crónicas de Froissart y Muntaner. El autor, de noble cuna, fue embajador en Londres, Venecia y Roma, veedor cesáreo ante el concilio de Trento y jefe de la guarnición española de Siena. Su destierro en Granada coincidió con la sublevación de los moriscos en 1568 y su consiguiente expulsión, muerte o cautiverio, relatada por Diego Hurtado como testigo ocular.⁶¹ Desde el punto de vista de la historia militar, esta obra recuerda a las historias redactadas en la Antigüedad al abordar aspectos como las causas del conflicto o el marco político y geográfico. En ella destaca su intención de proporcionar enseñanzas para futuras guerras, prestando atención a cuestiones como la incompetencia política en asuntos militares, la importancia de la experiencia militar o el valor de la información, todo lo cual ilustra con los ejemplos que considera más significativos.⁶² Pese a encontrarse en la segunda mitad del siglo XVI, no deja de aludir a la intervención divina, pero, a diferencia de los historiadores medievales, no la considera la causa directa del desarrollo de los acontecimientos, al cual da un carácter inmanente. Así ocurre con la rebelión de los moriscos, a la que, más que un castigo de Dios, considera fruto del mal gobierno:

[...] Estiraba el Capitán General su cargo sin equidad, y procuraban los ministros de justicia enmendarlo. Esta competencia fue causa que menudeasen quejas y capítulos al Rey; con que cansados los consejeros, y él con ellos, las provisiones saliesen

⁶⁰ SUNTZU: *Los trece artículos sobre el arte de la guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1988, p. 47.

⁶¹ BLANCO-GONZÁLEZ, Bernardo: «Introducción», en HURTADO DE MENDOZA, Diego: *Guerra de Granada*. Editorial Castalia, Madrid, 1970, pp. 7-69.

⁶² PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la...*, pp. 57-61.

varias, o ningunas, perdiendo con la oportunidad el crédito; y se proveyesen algunas cosas de pura justicia, que atenta la calidad de los tiempos, manera de las gentes, diversidad de ocasiones requerían templanza, o dilación. Todo lo de hasta aquí se ha dicho por ejemplo, y como muestra de mayores casos; con fin que se vea de cuan livianos principios se viene a ocasiones de grande importancia, guerras, hambres, mortandades, ruinas de estados, y a veces de los señores de ellos. Tan atenta es la providencia divina a gobernar el mundo y sus partes, por orden de principios, y causas livianas que van creciendo por edades, si los hombres las quisiesen buscar con atención.⁶³

El autor se decanta claramente por uno de los dos bandos enfrentados, el de la Corona, pero esa subjetividad no se traduce en una visión edulcorada de la campaña, de hazañas heroicas ante un enemigo más poderoso, sino en un relato más veraz, cuajado de derrotas, errores y atrocidades, sin gloria ni fama de que presumir. De este modo, si bien relata las torturas que infligieron los moriscos a los cristianos viejos al comienzo de la rebelión «por vengarse»,⁶⁴ no deja de contar también la matanza de ancianos, mujeres y niños moriscos en Frexiliana a manos de las huestes cristianas. En este último acontecimiento destaca una clara alusión al comportamiento de los soldados bajo los efectos del combate, como causa de esta acción: «Murieron de los enemigos dentro del fuerte quinientos hombres, la mayor parte viejos: mujeres y niños casi mil y trescientos con el ímpetu y enojo de la entrada y después de salidos en el alcance; y heridos otros cerca de quinientos [...]».⁶⁵ No faltan las referencias al miedo, al que consideraba «el vicio más perjudicial en la guerra, así es el más contagioso»,⁶⁶ ni tampoco al pillaje, habitual al menos en esta contienda:

[...] Partieron el sol levantado a las ocho horas de la mañana. Mas los moros, que estaban sospechosos y recatados, como descubrieron nuestra gente, subieron con sus armas a la montaña, desamparando casas, mujeres, hijos, y ganados: comenzaron a robar los soldados, (como es costumbre), cargarse de ropa, hacer esclavos toda manera de gente, hiriendo, matando sin diferencia a quien daba alguna manera de estorbo. Vista

⁶³ HURTADO DE MENDOZA, Diego: *Guerra de Granada*, p. 106.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 140-142.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 246.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 307.

por los moros la desorden, bajaban por la sierra, mataban los soldados, que codiciosos y embebidos con el robo desampararon la defensa de sí mismos y de sus banderas: iba esta desorden creciendo con la oscuridad de la noche [...]⁶⁷

Mientras tanto, el descubrimiento y conquista de América quedó recogido por los historiadores de Indias, con una serie de características propias ya señaladas por Francisco Esteve Barba. Su objetivo era doble: transmitir la historia de la conquista y recuperar la historia previa de los pueblos conquistados. El Nuevo Mundo era interpretado desde la doble perspectiva del cristianismo medieval, visible en la asimilación de los cultos indígenas con la adoración al diablo, y la cultura renacentista, patente en la identificación de las culturas precolombinas con el estado de barbarie o la edad de oro. Se trata de una historia que, a semejanza de la escrita por Heródoto, contiene elementos geográficos y etnográficos, aunque suele tratarse de descripciones de carácter más práctico, sobre todo en lo que se refiere al paisaje. La precisión no evita que el apasionamiento de conquistadores y evangelizadores se manifieste también en sus crónicas y las críticas que se hacen, tal y como ocurre con Bernal Díaz del Castillo y Fray Bartolomé de las Casas. En estas historias todavía queda sitio para los mitos al referirse a lo desconocido, como El Dorado, pero no para lo vivido o conocido, lo cual es descrito con detalle.⁶⁸

No existió un único tipo de historiador durante los tres siglos que siguieron al descubrimiento pero por su relación con la historia militar nos interesa uno muy concreto, el conquistador, normalmente poco instruido pero muy natural en sus escritos. Uno de los ejemplos más representativos es Hernán Cortés (1485-1526), conquistador de México y primer gobernador y capitán general de la Nueva España. No escribió una historia de la conquista del imperio azteca propiamente dicha, sino cinco *Cartas de relación* (1519-1526) dirigidas al emperador Carlos V, en las que justificaba su actuación. La primera de sus cartas se perdió, pero la segunda y la tercera, que se han conservado, recogen la conquista de México. La comparación estilística con los *Commentarii* de Julio César permite apreciar notables diferencias,⁶⁹ pese a que en ambos casos se trata de relatos que justifican sus respectivas actuaciones, escritas por los principales caudillos de ambas conquistas y que, sin ser historias propiamente dichas, aportan datos para su elaboración. No obstante, Hernán Cortés, si bien recurre a la exageración al igual que Julio César, no disimula las derrotas, como la Noche Triste, ni renuncia a la in-

⁶⁷ *Ibidem*, p. 366.

⁶⁸ ESTEVE BARBA, Francisco: *Historiografía indiana*. Editorial Gredos, Madrid, 1992, pp. 7-20.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 154-161.

tervención divina para que el lector pueda comprender victorias *in extremis* como la de Otumba:

Y viendo que de cada día sobrevenía más gente y más recia y nosotros íbamos enflaqueciendo, hice aquella noche que los heridos y dolientes, que llevábamos a las ancas de los caballos y a cuestras, hiciesen muletas y otras maneras de ayudas como se pudiesen sostener y andar, porque los caballos y españoles sanos estuviesen libres para pelear. Y pareció que el Espíritu Santo me alumbró con este aviso, según lo que a otro día siguiente sucedió; que habiendo partido en la mañana de este aposento y siendo apartados legua y media de él, yendo por mi camino, salieron al encuentro mucha cantidad de indios y tanta, que por la delantera, lados ni rezaga, ninguna cosa de los campos que se podían ver, había de ellos vacía. Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conocíamos unos a otros, tan revueltos y juntos andaban con nosotros y cierto creíamos ser aquel el último de nuestros días, según el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos, muy cansados y casi todos heridos y desmayados de hambre. Pero quiso Nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros, que, con toda nuestra flaqueza, quebrantamos su gran orgullo y soberbia, en que murieron muchos de ellos y muchas personas muy principales y señaladas; porque eran tantos, que los unos a los otros se estorbaban que no podían pelear ni huir. Y con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona tan principal de ellos, que con su muerte cesó toda aquella guerra.⁷⁰

Resulta más interesante comparar a Cortés con otro de los protagonistas de la conquista de México, como Bernal Díaz del Castillo (1492-1584). Su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* fue escrita entre 1566 y 1576, con un lenguaje sencillo y natural, aunque limitado. Bernal escribe estimulado por la lectura de Gomara, al cual corrige, sin mitificar a Cortés y haciendo una historia más humana, aunque no carente de connotaciones épicas.⁷¹ Así, en el episodio de la quema de las naves antes de adentrarse en México, corrige al cronista afirmando que no se hizo en secreto sino que incluso fue Cortés el que consiguió que la idea saliese de los propios expedicionarios para que no le reclamaran su coste en el futuro. Lo mismo ocurre con el famoso salto de Pedro de Alvarado durante la retirada de la Noche Triste: «Y todo lo que en aquel caso dice Gomara es burla, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza, estaba el agua muy honda y no podía llegar al suelo con ella [...]» Al igual que Cortés no duda en citar

⁷⁰ CORTÉS, Hernán: *Cartas de relación*. Globus, Madrid, 1994, p. 102.

⁷¹ ESTEVE BARBA, Francisco: *Historiografía indiana*, pp. 161-169.

a la divina providencia para describir la victoria casi imposible de Otumba, aunque también indica que los aztecas comenzaron a dispersarse después de que el caudillo español matara a su principal jefe.⁷² Pero a diferencia de aquel no exagera tanto, como al describir el despliegue de las fuerzas para la conquista de Tenochtitlán, ya que, si las cifras de soldados españoles son parecidas, las que se refieren a los indios varían de los 75.000 de Cortés a los 24.000 de Díaz del Castillo.⁷³

De todo lo dicho hasta ahora se deduce una fuerte carga de subjetividad, acompañada de cierto providencialismo y exageraciones como en los libros de caballerías; no en vano el propio Bernal Díaz del Castillo cita el *Amadís de Gaula*. Sin embargo, la historia de Díaz del Castillo es más veraz que las crónicas medievales y, si bien no carece de subjetividad, al menos se aprecia la intención de averiguar lo que sucedió, aunque sea en la versión que más interesa al autor. Además, se advierte una actitud crítica, patente en las referencias a otros autores que escribieron sobre el mismo acontecimiento y que el conquistador consideró inexactos. Pero quizá la diferencia más destacada desde el punto de vista de la historia militar es que, aparte de la descripción de la batalla, Bernal Díaz del Castillo también nos ofrece una reflexión sobre sus vivencias durante la conquista, concretamente sobre el miedo, algo que va mucho más allá que la mera descripción del acontecimiento y del mero entretenimiento:

Agora questoy fuera de los combates y recias batallas que con los mexicanos teníamos de día y de noche, por lo cual doy muchas gracias a Dios que dellas me libró, quiero contar una cosa que me acontecía después que vi sacrificar y abrir los pechos los sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones a los ídolos, y esto que agora diré parescerá algunas personas ques por falta de no tener muy gran ánima para guerrear, y por otra parte, y si bien se considera, es por el demasiado atrevimiento y gran ánimo en que aquellos días había de poner mi persona en lo más recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación, cosa era que había de hacer lo que los más osados soldados eran obligados, y como cada día vía llevar a sacrificar mis compañeros y había visto cómo les

⁷² DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1992, pp. 141-142, 318-319 y 321-322.

⁷³ CORTÉS, Hernán: *Cartas de relación*, p. 151. DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de...*, pp. 403-404.

aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortalles pies y brazos, y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, e de antes habían muerto diez de los nuestros compañeros, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para me llevar a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder, y acordándome de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que cantarillo que muchas veces va la fuente, etcétera, y a este efeto siempre desde entonces temí la muerte más que nunca; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón y ayunaba una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su bendita madre y entrar en las batallas todo era uno y luego se me quitaba aquel pavor [...] Ya he dicho que agora que por mí habían pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo había de temer tanto como lo temía agora a la postre; digan aquí los caballeros que desto del militar se les entiende, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, a qué fin echarán mi temor, si es a flaqueza de ánimo o a mucho esfuerzo, porque, como he dicho, sentía en mi pensamiento que había de poner mi persona batallando en parte tan peligrosa que por fuerza había de temer entonces la muerte más que otras veces, y por esta causa temblaba el corazón, porque temía la muerte [...] ⁷⁴

No es muy frecuente encontrar reflexiones como ésta sobre el miedo y la motivación del soldado en combate en las historias redactadas en los siglos XVI y XVII. No obstante, es preciso señalar que a lo largo de este último la historia se fue haciendo cada vez más crítica, aunque la historia militar seguía ocupándose de casos concretos y no era muy abundante, pese a la profusión de guerras. Entre los autores al servicio de la Monarquía Hispánica destacaron Francisco Manuel de Melo (1611-1667), Antonio Solís (1610-1687) y Francisco Moncada (1586-1635).⁷⁵ Este último, marqués de Aytona, participó en varias campañas militares en Flandes y también en combates navales, además de desempeñar cargos políticos y militares en Flandes y haber sido embajador en Viena. Por tanto, ya disponía de cierta experiencia cuando en 1620 redactó la *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, publicada tres años más tarde. El objetivo del autor era recuperar la memoria de

⁷⁴ DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de...*, pp. 451-453.

⁷⁵ PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la...*, pp. 71-75.

los Moncada que habían participado en la expedición, para lo cual consultó fuentes bizantinas y catalanas. Samuel Gili Gaya destaca dos diferencias con respecto a Diego Hurtado de Mendoza: Moncada se ocupa más de lo político que de lo militar y concede más importancia a los caudillos que a las masas.⁷⁶ A éstas podemos añadir otras como las fuentes utilizadas el marqués de Aytóna, principalmente escritas, ya que se ocupa de un acontecimiento muy lejano en el tiempo y a las que somete a crítica:

Embarcóse toda la gente en el puerto de Mesina, y antes de salir del Faro se tomó muestra general, y se hallaron, según Montaner, efectivos mil quinientos hombres de cabo para el servicio de la armada, sin los oficiales, y cuatro mil infantes almugávares. Nicéforo Gregoras, autor poco fiel en algunos destes sucesos, dice que Roger pasó sólo mil hombres a Grecia; pero George Pachimerio ya concuerda con Montaner, y afirma que fueron ocho mil los que pasaron. Éste, a mi parecer, es el verdadero número; porque seis mil y quinientos soldados de paga es cierto que llegaron hasta el número de ocho mil con los criados y familia de los capitanes y ricoshombres. Y aunque estos dos autores no concordaran, la fe de Nicéforo fuera siempre dudosa; porque a Roger, siendo capitán de solos mil hombres, no me puedo persuadir que Andrónico le hiciera megaduque, y le casara con su nieta sin haber precedido servicios. No parecerá ajeno del intento, pues toda nuestra infantería fue de almugávares, decir algo de su origen.⁷⁷

Hállase también alguna dificultad acerca del tiempo en que pasaron los turcos, porque Nicéforo dice que fueron llamados de los catalanes antes de la batalla de Apros, cuando se supo que Miguel venía sobre ellos, y que solos fueron quinientos los que pasaron. Esta narración de Nicéforo la tengo por falsa, porque Montaner en el número y en el tiempo le contradice, y como testigo de vista se le debe dar más crédito, aunque catalán y ofendido; porque en el discurso de su historia refiere muchas cosas contra los de su nación y condena lo mal hecho con libertad y sin respeto, y no es de creer que quien dice la verdad en su daño no la dijera en lo que tan poco importaba a su gloria como venir los turcos cuatro años antes o después. Zurita, siguiendo la relación de Berenguer de Entenza, difiere también de Nicéforo; porque dice

⁷⁶ GILI GAYA, Samuel: «Introducción», en MONCADA, Francisco de: *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1969, pp. VII-XXXVII.

⁷⁷ MONCADA, Francisco de: *Expedición de los...*, pp. 26-27.

que el mismo Berenguer de Entenza llamó a los turcos después que supo la muerte de sus embajadores y que pasaron a Galípoli mil y quinientos caballos, y le prestaron juramento de fidelidad. Esto también lo tengo por falso, porque parece imposible que en quince días que Berenguer se detuvo en Galípoli después que se declaró por enemigo del imperio, llamase a los turcos que estaban en Asia, y se concertase con ellos, y se juntasen mil y quinientos caballos, y se embarcasen y viniesen a prestarle juramento de fidelidad; que son cosas que aunque se hicieran con suma presteza, no pudieran concluirse en quince días. La verdad del tiempo en que pasaron los turcos la refiere claramente Montaner, que fue cuatro años después desta jornada, y para tener esto por cierto no se halla dificultad ni imposibilidad alguna, como las hay, y muy grandes, en lo que dicen Nicéforo y Zurita, y así, en materia de los hechos de los turcos sólo seguiré a Montaner, porque le tengo por más verdadero, y que intervino y asistió en todas estas jornadas.⁷⁸

Es posible que su propia experiencia política y militar le ayudara a clarificar las dudas que planteaban sus fuentes, entre las que destaca sobre todo Muntaner, a quien concede autoridad como actor de los acontecimientos que narra. Sin embargo, no parece que tuviera muy en cuenta la propia subjetividad del cronista catalán, por ejemplo, al reproducir las cifras de bajas en la victoria sobre los alanos, que él identifica con los masagetas, o en la de Apros sobre los griegos, en la que las bajas mortales de los almogávares no pasan de unas pocas decenas, mientras que las de los griegos se cuentan por decenas de miles.⁷⁹ A pesar de la repetición de exageraciones y de cierto providencialismo que veía a la expedición almogávar como «instrumento de los grandes castigos que hizo Dios», también es destacable cierto grado de reflexión que, trascendiendo el contexto histórico, intenta proporcionar conclusiones de carácter más general. Así sucede al defender la participación de soldados turcos al servicio de la compañía catalano-aragonesa: «No se hallará república ni príncipe apretado de guerras extranjeras que no haya dejado de llamar en su ayuda a gentes de religión y costumbre diferentes, y muchas veces dieron entrada en sus reinos a los más poderosos por librarse del presente daño, sin advertir que pudieran quedar por despojos, vencidos o vencedores».⁸⁰

La Ilustración añadió una nueva perspectiva a la elaboración de la historia, al apostar por el triunfo de la razón y la ciencia frente a los condicionantes políticos, sociales y religiosos, todo lo cual se concretó en tres importantes cambios: la crítica rigurosa de las fuentes, el abandono de las explicaciones

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 164-165.

⁷⁹ *Ibidem*, pp. 133-134 y 153. Véase la identificación de los alanos con los masagetas en la p. 48.

⁸⁰ *Ibidem*, pp. 163-164.

irracionales y la acotación espacial y temporal. En el caso de Francia cabe distinguir dos etapas, en la primera de las cuales el barón de Montesquieu (1689-1755) reflexionó sobre uno de los acontecimientos políticos y militares más sobresaliente de la Antigüedad, la caída de Roma, la cual «fue destruida porque todas las naciones la atacaron a la vez y penetraron por todas partes». Otro célebre ilustrado, el británico Edward Gibbon (1737-1794), consideró la misma cuestión, aunque la explicación respondía en este caso no a un factor exógeno sino a un proceso endógeno, constituido por la expansión e institucionalización del cristianismo.⁸¹ No falta alguna que otra reflexión ilustrada sobre la guerra, pero la historia militar no constituyó un género muy cultivado. Una de las figuras que más destacó al respecto fue Jaime Miguel de Guzmán (1690-1767), marqués de Mina, el cual dejó un relato descriptivo de las campañas italianas en las que participó.⁸² La historia militar continuó, pese a su escasez, a lo largo de un siglo en el que se desarrolló el proceso de convergencia entre el relato racional y la crítica documental que convirtió a la historia en una disciplina científica ya en el siglo XIX.

La historia militar científica

El nacimiento de la historia razonada y documentada tuvo lugar en Alemania a principios del siglo XIX, fruto de las aportaciones de la escuela de Gotinga y la reacción frente a la derrota de Prusia por los ejércitos napoleónicos. Así surgió uno de los principales paradigmas contemporáneos, el historicismo, el cual sostenía la singularidad de cada contexto histórico, negando toda posibilidad de teorización o interpretación. Estrechamente unida al nacionalismo conservador, identificó a los actores de la historia con los gobernantes, su objeto de estudio con las relaciones entre Estados y sus fuentes con los archivos oficiales.⁸³ Su influencia se extendió por Europa, dando lugar en Francia a la escuela metódica, desarrollada durante la III República y cuyos manuales escolares exaltaban las victorias militares con vistas a la formación de soldados.⁸⁴ Desde este punto de vista podría parecer que la historia militar encontraría un terreno propicio para florecer en el ámbito académico, aunque, nada más lejos de la realidad, las universidades no estaban interesadas en hacer un estudio histórico de las guerras sino que

⁸¹ MITRE, Emilio: *Historia y pensamiento histórico*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1997, pp. 47-52.
MONTESQUIEU: *Grandeza y decadencia de los romanos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1962, p. 125.

⁸² PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la...*, pp. 75-77.

⁸³ MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de...*, pp. 149-162.

⁸⁴ BOURDÉ, Guy y MARTIN, Hervé: *Las escuelas históricas*. Ediciones Akal, Madrid, 1992, pp. 127-148.

sólo las abordaban para recopilar los grandes acontecimientos y describir la actuación de los líderes políticos y militares. No es de extrañar, por tanto, que el proyecto de Hans Delbrück de escribir una historia del arte de la guerra fuera rechazado por Leopold von Ranke y Theodor Mommsen,⁸⁵ dos de las principales figuras del historicismo alemán.

Si la historia convertida ya en ciencia, no mostraba mucho interés por el estudio específico por la guerra, no ocurría lo mismo con las Fuerzas Armadas. Desde comienzos del siglo XIX se comenzó a revalorizar la historia militar con fines didácticos en academias, escuelas militares e incluso en los Estados Mayores de los ejércitos. Llegó a ser considerada como una de las principales ciencias militares, al igual que la estrategia y la táctica, entre otras. Sin embargo, tampoco faltaron los profesionales de las armas que la despreciaron al creer que no podía aportar nada frente al gran desarrollo tecnológico que experimentó la tecnología bélica en aquel siglo.⁸⁶ La desconfianza hacia el valor militar de la historia es extensible a algunos de los más importantes teóricos militares de la época, como Carl von Clausewitz (1780-1831), el cual criticó el frecuente uso incorrecto que se hacía de los ejemplos históricos y concedió un valor limitado a la historia militar, inversamente proporcional a su amplitud cronológica: «Cuanto más se retrocede en el tiempo, tanto menos útil resulta la historia militar, que se vuelve más pobre y esquemática».⁸⁷

Sin embargo, fue precisamente en el siglo XIX cuando se configuró el modelo descriptivo de la historia de las batallas que ha perdurado hasta después de la II Guerra Mundial. Su autor fue Sir William F. P. Napier (1785-1860), veterano de las campañas en la península Ibérica contra las fuerzas napoleónicas, en las que participó en la retirada a La Coruña, la acción de Coa y las batallas de Busaco, Casal Novo, Fuentes de Oñoro y Salamanca, así como la campaña de los Pirineos. Se retiró en 1819 a media paga a causa de una bala alojada en su columna y a partir de entonces comenzó la redacción de *History of the War in the Peninsula and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814*, publicada en seis volúmenes por John Murray (1828-1840). Fue una obra muy aclamada y en los años siguientes se enzarzó en un debate sobre estas campañas, especialmente en lo que se refiere al mando del general Beresford en la batalla de La Albuera, muy criticado por él.⁸⁸ Napier no participó en esta batalla, ya que previamente había sido herido en Fuen-

⁸⁵ CRAIG, Gordon A.: «Delbrück: El Historiador Militar», pp. 366-367.

⁸⁶ PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la...*, pp. 77-81.

⁸⁷ CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra*. Ministerio de Defensa. Madrid, 1999, p. 297.

⁸⁸ NAPIER, William F. P.: *History of the War in the Peninsula and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814*. Constable, Londres, 1993, vol. III.

tes de Oñoro, pero el relato descriptivo, emocionante, simplificador y carente de toda explicación que hace de la misma constituye, según John Keegan, el tipo de historia habitual para narrar batallas, en el cual se incluyen autores como Peter Young, David Chandler e incluso Michael Howard.⁸⁹ Sirva como ejemplo el relato que hizo Napier de la batalla de Tamames (1809), una de las escasas victorias que atribuyó al Ejército español:

El general Losada mandaba el [flanco] derecho español, el conde Belvedere la reserva, Martín Carrera el izquierdo, el cual, estando en la parte más accesible de la montaña, fue cubierta y flanqueada por la caballería. Marchand, deseoso de luchar antes de que Ballesteros pudiera llegar, se movió rápidamente, alcanzando el pie de la montaña el 18, e inmediatamente cayó sobre el izquierdo de Del Parque. La caballería española huyó apresuradamente, los jinetes franceses la siguieron de cerca, la infantería sorprendida en medio de una maniobra fue desordenada y la artillería fue tomada. Carrera, Mendizábal y el Duque reunieron las tropas en el terreno más elevado, las reforzaron con la reserva y cayeron sobre el enemigo con ímpetu fresco, recuperaron los cañones y derrotaron a los franceses con pérdida de un águila, un cañón y varios centenares de hombres. Durante este brillante combate en el [flanco] izquierdo, el derecho y el centro fueron tanteados por los escaramuzadores franceses, pero el terreno era demasiado abrupto para avanzar. Marchand, viendo a sus hombres rechazados completamente con pérdidas y temiendo ser cercado por Ballesteros en ese estado de desorden, se retiró a Salamanca.⁹⁰

Napier no hace una historia desde abajo sino desde el punto de vista del alto mando, describiendo las decisiones que tomó y valorando sus efectos, por lo que no es de extrañar que, por ejemplo, el volumen III fuera acompañado de un apéndice de once documentos con cartas y extractos de la correspondencia de los principales líderes políticos y militares, así como estados de fuerza de las tropas imperiales, británicas y portuguesas. Pero el autor también reflexiona sobre otras cuestiones, como la importancia de la guerra de guerrillas o el peso de España en la derrota de Napoleón. Con respecto a la primera señala que las partidas de guerrilleros, evaluadas por él en unos 30.000 hombres en el norte, nunca ocuparon simultáneamente a un número de franceses que llegara a la mitad de esa cifra, ni derrotaron a una división, ni impidieron operaciones de importancia y, salvo alguna excepción, no realizaron acciones que afectaran a las operaciones de un cuerpo de ejército. Si el juicio es discutible, no lo es menos el papel que atribuye a

⁸⁹ KEEGAN, John: *El rostro de...*, pp. 47-57.

⁹⁰ NAPIER, William F. P.: *History of the...*, pp. 65-66.

España en la derrota de las fuerzas imperiales, pues considera que los españoles «eran incapaces de defender su propia causa». Para Napier fueron las grandes potencias, concretamente Inglaterra, Austria y Rusia, las que más contribuyeron a la derrota de Napoleón. Estas reflexiones no están carentes de cierta dosis de nacionalismo, particularmente visible en la valoración que hace del soldado británico: «Que el soldado de infantería británico es más fuerte que el de cualquier otra nación difícilmente puede ser cuestionado por aquellos que en 1815 observaban su poderosa armazón, distinguida entre los ejércitos unidos de Europa».⁹¹

El modelo de historia de batallas elaborado por Napier ha sido reproducido por otros historiadores, aunque, tal y como señala John Keegan, la figura más influyente fue Sir Edward Creasy a mediados del siglo XIX, con *Fifteen Decisive Battles of the World*. Muchos autores anglosajones, como Fuller o Liddell Hart, se inspiraron en esta obra, en la que su autor condenaba la violencia y justificaba su importancia para la historia.⁹² Esta última está en consonancia con el paradigma historicista de la época que revalorizaba el acontecimiento, bélico en este caso, atribuyéndole una relevancia crucial en el devenir histórico. Así, serían los grandes hechos de armas los que decidirían el destino de naciones y Estados, por encima de cualquier otro tipo de consideración, lo cual fue rechazado por las tendencias historiográficas que estudiaron las estructuras sociales y económicas que condicionaron el desarrollo de la historia a lo largo de grandes periodos cronológicos. Incluso se ha cuestionado más recientemente la importancia atribuida exclusivamente una gran victoria o un desastre catastrófico en el curso de una campaña o una guerra, al compararlo con otro tipo de factores que a su vez influyeron en el resultado de los enfrentamientos, como hace Richard Overly al explicar las causas de la victoria de los Aliados durante la II Guerra Mundial. No obstante, la selección y descripción de batallas decisivas ha continuado hasta la actualidad, principalmente en el ámbito divulgativo, con trabajos como *The Guinness Book of Decisive Battles* de Geoffrey Regan, inspirado en la obra de Creasy pero con una selección de 50 batallas desde la de Salamina (480 a.C.) hasta la operación Tormenta del Desierto (1991).⁹³

Sin embargo, ya en la segunda mitad de ese siglo se estaba realizando otro tipo de historia militar que intentaba trascender más allá del acontecimiento, buscando conclusiones de carácter general aplicables a diferentes

⁹¹ *Ibidem*, pp. 11-12, 213-214 y 271.

⁹² KEEGAN, John: *El rostro de...*, pp. 67-73.

⁹³ REGAN, Geoffrey: *The Guinness Book of Decisive Battles. Fifty Battles that changed the World from Salamis to the Gulf War*. Guinness Publishing, Londres, 1992. OVERLY, Richard: *Por qué ganaron los Aliados*. Tusquets Editores, Barcelona, 2005.

contextos históricos. Este esfuerzo fue impulsado por Hans Delbrück (1848-1929), veterano de la guerra franco-prusiana, tutor del príncipe heredero y profesor de historia moderna en la Universidad de Berlín, de la que fue catedrático a partir de 1895. Su interés por la historia militar comenzó con sus lecturas sobre Friedrich Wilhelm Rüstow y un trabajo en las memorias de Gneisenau, aunque fue la obra de Clausewitz la que lo animó a estudiar los elementos decisivos de la estrategia y las operaciones militares. Este propósito quedó plasmado en los siete volúmenes de *La historia del arte de la guerra en el contexto de la historia política*, publicados entre 1920 y 1936. Delbrück sólo escribió los cuatro primeros, los cuales comprendían desde las guerras médicas hasta Napoleón; a partir de ahí la obra fue continuada y concluida por sus discípulos Otto Haintz y Emil Daniels. Inicialmente recibió duras críticas dentro y fuera de Alemania, pero el reconocimiento perduró a largo plazo, más allá de ideologías y fronteras.⁹⁴

El objetivo de Delbrück consistía en estudiar la interrelación entre estrategia, táctica, organización del Estado y política, para lo cual sometía las fuentes disponibles a crítica, a través de una combinación de métodos que denominó *Sachkritik*. Dichos métodos consistían en la aplicación de la geografía al estudio del campo de batalla, el estudio del equipo y armas utilizadas, el conocimiento de la técnica militar moderna y la posibilidad de hacer comparaciones con batallas para las que había fuentes fiables. Todo ello le permitió abordar tres cuestiones de especial relevancia para el pensamiento militar. Por un lado, la evolución de la táctica, cuya perfección consideró que se había alcanzado por los romanos en la Antigüedad. Segundo, la relación entre política y guerra, en el sentido de que un sistema político determinado influye en la organización y el mando de los ejércitos, de igual modo que el desarrollo de la guerra puede introducir cambios en la organización y desarrollo de la política. Finalmente, distinguió dos conceptos de estrategia, la de aniquilación y la de desgaste, según se buscara la rápida destrucción de la fuerza enemiga o su lento agotamiento hasta forzar su derrota.⁹⁵

De igual modo que hubo historiadores académicos interesados en el estudio de la guerra, tampoco faltaron profesionales de las armas interesados en la historia, de los cuales uno de los más renombrados fue el marino norteamericano Alfred Thayer Mahan (1840-1914). Entre 1886 y 1896 fue profesor de historia naval y estrategia en la escuela de guerra naval, donde sus primeras clases fueron recogidas en *La influencia del poder naval en la historia, 1660-1783* (1890), completadas después por *La influencia del*

⁹⁴ CRAIG, Gordon A.: «Delbrück...», pp. 345-349.

⁹⁵ *Ibidem*, pp. 348-359.

poder naval en la Revolución Francesa y el Imperio, 1793-1812 (1892). Inicialmente no fue muy apreciado, ya que el rápido desarrollo tecnológico que experimentó el buque de guerra durante aquellos años no inspiraba mucha confianza en las lecciones que pudiera proporcionar la guerra durante la época de la navegación a vela. No obstante, no tardó en ser reconocido por la propia Armada de EEUU y apreciado en el extranjero, aunque se ha exagerado su influencia en la política y la estrategia naval de finales del siglo XIX y principios del XX.⁹⁶

Mahan había leído a dos de los principales exponentes del historicismo alemán, Leopold von Ranke y Theodor Mommsen, pero, lejos de limitarse al estudio del acontecimiento y la singularidad de cada contexto histórico, aplicó un método comparativo con el fin de descubrir los principios que conducen a la victoria. Con ello no se limitaba a mirar al pasado sino que también pretendía obtener conclusiones válidas para su propia época. De este modo señaló que la clave de las victorias británicas en las guerras estudiadas había sido el poder naval, aunque no precisó el significado de este concepto. En unos casos se refiere al control del mar a través de la superioridad naval, mientras que en otros lo identifica con una combinación de comercio, colonias y acceso a mercados exteriores. Sea cual sea su significado, no han faltado las críticas a este razonamiento, entre las cuales destacan la ausencia de las potencias continentales, las operaciones terrestres y la diplomacia, exagerando en cambio la importancia de las victorias navales y los efectos del bloqueo.⁹⁷

Delbrück y Mahan intentaron ir más allá del acontecimiento, buscando conclusiones de carácter más general, pero esto no era lo habitual a finales del siglo XIX y principios del XX. La historia militar solía limitarse a la descripción de la batalla, el acontecimiento bélico por excelencia, a partir de su propia singularidad y desde la perspectiva del alto mando, usando como fuentes sus diarios, memorias, autobiografías y documentación oficial. Era un tipo de historia que se insertaba en la misma línea que la de Napier y Creasy, aunque en no pocas ocasiones adolecía de falta de rigor. Tampoco difería de la historia política desarrollada por los historicistas o mal llamados positivistas, por lo que sufrió el mismo rechazo que aquella por parte de los nuevos paradigmas historiográficos. A partir de 1929, la escuela de *Annales* apostó decididamente por una historia total, centrada en las masas en lugar de personajes destacados y prestando especial atención a los factores económicos y sociales que influían en la estructura y funcionamiento de las

⁹⁶ CROWL, Philip A.: «Alfred Thayer Mahan: el Historiador Naval», en PARET, Peter (coord.): *Creadores de la...*, pp. 461-494.

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 467-472.

sociedades históricas a largo plazo. De igual modo, los historiadores marxistas heterodoxos aplicaron nuevos conceptos al estudio histórico, como el modo de producción y la lucha de clases, para los cuales la vieja historia militar no servía de mucho. Así, la renovación historiográfica insistía en la historia económica y social, las grandes olvidadas hasta entonces, mientras que la historia política y la militar pervivían en sus viejas formas.

Sin embargo, después de la II Guerra Mundial comenzó un proceso de renovación de la historia militar, principalmente en Francia, Gran Bretaña y, más tardíamente, EEUU, que la llevó a superar el estrecho marco construido por el historicismo y el modelo de batalla de Napier. El diálogo con la historia social y otras disciplinas, como la sociología y la antropología, trajeron nuevos centros de interés a la historia militar y, en consecuencia, métodos específicos para abordarlos. Si antes importaba sólo el enfrentamiento y las decisiones de los mandos, a partir de los años 50 y 60 se estudió al ejército como institución y como grupo social, así como una visión más global de la guerra, integrada en su correspondiente contexto económico, social, político y cultural. En este sentido, cabe destacar la colección *Guerra y sociedad en Europa*, dirigida por Geoffrey Best, o la síntesis más breve elaborada por Michael Howard.⁹⁸ Este último no sólo contaba con formación académica como historiador sino también con experiencia de combate en la II Guerra Mundial, palpable en algunos relatos de batallas. Pero lo más interesante es la visión de conjunto de la guerra que nos proporciona, más allá de la teorización estratégica con intención prospectiva, explicando la guerra en su contexto histórico:

Hasta hace relativamente poco tiempo el estudio de la guerra se ha realizado en forma didáctica y normativa: esto es, se estudiaban las guerras del pasado con el fin de derivar de ellas ya sea principios inmutables o líneas de conducta que nos pudieran servir como guías para conducir eficientemente las guerras del futuro. Mientras el uso organizado de la fuerza, o la amenaza del mismo, siga siendo un instrumento en la forma de conducir las relaciones internacionales, esos estudios analíticos seguirán siendo necesarios, y la

⁹⁸ Sobre la renovación de la historia militar: ESPINO LÓPEZ, Antonio: «La historia política y la renovación de la historia militar», en BARROS, Carlos (ed.): *Historia a debate. Actas del I Congreso Internacional «Historia a debate»* (1993), Historia a debate, Santiago de Compostela, 1995, volumen III, pp. 247-254. Del mismo autor: «La historia militar. Entre la renovación y la tradición», *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, núm. 11, 1993, pp. 215-242. BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: «Nuevas perspectivas para la historia militar: la «New Military History» en Estados Unidos», *Hispania*, volumen LIV/1, núm. 186, 1994, pp. 145-177. ANDÚJAR, Francisco: «De la «nueva historia militar» a la historia vieja y «nueva historia militar»», en BARROS, Carlos (ed.): *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»* (1999), Historia a debate, Santiago de Compostela, 2000, volumen II, pp. 9-15.

obra del profesor Falls ocupará un lugar destacado entre ellos. Pero abstraer la guerra del ambiente en el que se desarrolló y estudiar sus técnicas como se podrían estudiar las de un juego, sería lo mismo que pasar por alto una dimensión esencial para llegar a comprender no solamente las guerras mismas sino las sociedades que las emprendieron. El historiador que estudie la guerra, no con el propósito de desarrollar normas de acción sino para hacer más amplia su comprensión del pasado, no puede ser simplemente un «historiador militar», puesto que literalmente no existe rama alguna de la actividad humana que no sea más o menos importante para su tema. Tiene que estudiar la guerra no solamente, como dice Hans Delbrück, en el marco de la historia política, sino también en el marco de la historia económica, social y cultural. La guerra ha formado parte integrante de un conjunto de experiencias humanas, cuyas partes solamente se pueden comprender relacionando una con las demás. No se puede escribir adecuadamente cómo se combatieron las guerras sin dar alguna idea de por qué se pelearon.⁹⁹

El denominado «retorno de la narrativa» en los años 70 también favoreció este proceso, en el que el auge de la historia de las mentalidades afectó a la historia militar y, junto con ella, la antropología cultural. La influencia de esta última, aunque tardía, enriqueció la historia militar y aportó respuestas para comportamientos que, aparentemente no se podía explicar de forma racional, aunque también se corrió el riesgo de caer en explicaciones reduccionistas que excluían lo racional. Ya no se trataba de relatar hazañas y descubrir el genio de la guerra, sino de estudiar el comportamiento humano en el combate, el cual se ha convertido en el objeto de estudio de la renovada historia de las batallas. La idea no era nueva, pues ya contaba con precedentes que se remontaban hasta mediados del siglo XIX, con los estudios de Ardant du Picq, realizados a partir de encuestas y el estudio de los autores clásicos, y, sobre todo, los trabajos realizados por el Ejército norteamericano durante la II Guerra Mundial sobre el miedo y los medios empleados para controlarlo.¹⁰⁰ En este sentido, la obra paradigmática continúa siendo el *Rostro de la batalla*, de John Keegan, una historia desde abajo en la cual estudia

⁹⁹ HOWARD, Michael: *La guerra en la historia europea*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., pp. 9-10.

¹⁰⁰ Sobre el retorno de la narrativa: STONE, Lawrence: *The past and the present revisited*. Londres, Routledge, 1987, pp. 74-96. Véase también: HOBBSAWM, Eric: *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 190-195. Para la influencia de la antropología cultural en la historia militar: SHY, John: «The Cultural Approach to the History of War», en *The Journal of Military History*, vol. 57, núm. 5, octubre de 1993, pp. 13-26. En cuanto a los precedentes del estudio sobre el comportamiento humano en combate: KEEGAN, John: *El rostro de...*, pp. 81-84. Con respecto a la historia de las batallas: ESPINO LÓPEZ, Antonio: «La renovación de la historia de las batallas», en *Revista de historia militar*, núm. 91, 2001, <http://www.ejercito.mde.es/ihycm/revista/91/espino.html>.

el comportamiento de los combatientes a través de la selección de una serie de batallas en diferentes contextos:

[...] Lo que quiero intentar aquí es algo a la vez pequeño, pero sin embargo, importante: abordar de nuevo el concepto de «la batalla a fragmentos» y sugerir caminos por los que debe desarrollarse lejos de los estereotipos por los que se ha movido durante mucho tiempo debido a la costumbre y a la limitación irreflexiva. No intento escribir sobre generales o el generalato, excepto para discutir cómo ha influido la presencia física del jefe en el frente sobre el espíritu de combate de sus subordinados. No intento decir nada sobre logística o estrategia y muy poco de táctica en un sentido formal. Y no intento presentar una descripción de los hechos con las versiones de los dos lados, dado que lo que le sucedió a un bando en cualquier batalla de las que describo será suficiente para destacar las características que considero importantes. Por el contrario, intento contemplar las heridas y su tratamiento, el mecanismo de ser cogido prisionero, la naturaleza del liderazgo en los niveles inferiores, el papel de la coerción para que los hombres resistan en su puesto, la incidencia de los accidentes como causa de muerte en la guerra, y sobre todo las dimensiones del peligro que presentan para el soldado distintas clases de armas en el campo de batalla. Groseramente, pero creo que con sentido, se deben distinguir tres clases de armas; el arma blanca –espada o lanza; el arma de un solo proyectil– mosquete o rifle; el arma de múltiples proyectiles –ametralladora o proyector de partículas de gas tóxico–. He escogido tres batallas para describirlas en detalle –Agincourt, Waterloo y el Somme– y las he elegido por la disponibilidad de evidencias, y mi propósito de demostrar, tan exactamente como sea posible, cómo fue respectivamente (y es) la guerra con arma blanca, con armas de proyectil único y con las de proyectiles múltiples, y sugerir como y por qué controlan sus temores los hombres que han tenido (y aún tienen) que hacerles frente, por qué restañan sus heridas, y por qué van a la muerte. Es un intento personal de vislumbrar el rostro de la batalla.¹⁰¹

¹⁰¹KEEGAN John: *El rostro...*, pp. 89-90.

En historia no existe la obra definitiva y la de Keegan, pese a sus virtudes, tampoco lo es. De hecho, veinte años después de identificar la narcosis, la coerción y la inducción como los elementos que ayudan a comprender cómo los soldados controlan o superan sus temores durante el combate, el propio autor añadió otros como la influencia del «gran hombre», el mimetismo, los impulsos mecánicos y el concepto de honor, aunque este último no era determinante.¹⁰² Evidentemente, la aproximación cultural a la historia de la guerra no se reduce al estudio de la batalla ni a la historiografía anglosajona, sobre todo si recordamos a Marc Ferro, uno de los principales representantes de la tercera generación de *Annales*. Alumno de Pierre Renouvin, el gran renovador de la historia de las relaciones internacionales, y Fernand Braudel, principal representante de la segunda generación de *Annales*, Ferro enfocó el estudio de la Gran Guerra desde una perspectiva psicológica. De este modo reconsideró cuestiones como las causas de la guerra, la percepción del conflicto, las tensiones y crisis internas que ocasionó y las derrotas de Rusia y Alemania. Obviamente, no podía faltar el relato de la vida y muerte cotidianas en la guerra de trincheras, pero también incluye sus efectos políticos, sociales e incluso demográficos en la posguerra:

El rencor de las principales asociaciones de los antiguos combatientes, que pronto se convertirían en Cruces de fuego y Cascos de acero, se exhaló así contra los de la retaguardia, los aprovechados y emboscados, los dirigentes políticos que pedían la paz y otros sindicatos que tenían «el impudor de reivindicar ocios y descansos cuando ellos habían arriesgado su vida las veinticuatro horas del día por su país».

Su resentimiento se expresaba asimismo contra las mujeres, quienes, en cierto modo, se habían beneficiado de la guerra, ya que la marcha de los hombres había permitido su emancipación. En general, ellas habían escapado al riesgo de quedarse solteras casándose con extranjeros que no se habían alistado o con hombres cuatro o cinco años más jóvenes que los que normalmente se hubieran casado con ellas, de no haber muerto en la guerra (L. Henry). Reducida así la diferencia de edad entre los cónyuges, el equilibrio de las parejas de la posguerra no era el de antes de 1914. La familia tradicional se disolvió, como se había disociado el sentimiento patriótico a consecuencia del éxito de la revolución y de la cruzada contra la Rusia roja.

¹⁰²KEEGAN, John: «Towards a Theory of Combat Motivation», en ADISON, Paul y CALDER, Angus: *Time to Kill. The Soldier's Experience of War in the West, 1939-1945*. Pimlico, Londres, 1997, pp. 3-11.

El imperativo de la moral del trabajo se había debilitado igualmente. Así, no fue un azar que, habiendo tomado el poder en Francia a raíz de la derrota de 1940, los antiguos combatientes adoptaran la fórmula: «Familia, Trabajo, Patria».¹⁰³

La aproximación cultural a la historia de la guerra es una de las más interesantes en cuanto a las posibilidades que ofrece para comparar un contexto con otro y, a pesar de sus diferencias, extraer conclusiones de carácter más general. Así, en el trabajo de John Keegan encontramos a la narcosis, la inducción y la coerción presentes, de diversas formas y en diferente medida, en contextos tan dispares como las batallas de Agincourt (1415), Waterloo (1815) y El Somme (1915). Evidentemente, las posibilidades de teorizar no se limitan a la aproximación cultural, sino que afectan también a los factores que afectan a la capacidad para sostener el esfuerzo bélico, tal y como hace Paul Kennedy al estudiar la relación entre poder económico y la hegemonía naval británica desde la época de la navegación a vela hasta el comienzo de la era nuclear. La economía también está relacionada con las innovaciones tecnológicas, tal y como demostró Geoffrey Parker al estudiar la guerra en la Europa del Antiguo Régimen, en la que los Estados se esforzaron para costear ejércitos cada vez más numerosos y caros en largas campañas de desgaste. De igual modo, la interacción entre intereses económicos, militares y políticos ha quedado de manifiesto en el estudio de William McNeill, especialmente en las páginas que dedica a la aparición del complejo industrial militar en Gran Bretaña a finales del siglo XIX.¹⁰⁴

Los estudios sobre la guerra a través de largos periodos de tiempo no se limitan tampoco a las cuestiones económicas. Incluso desde un enfoque estratégico es posible obtener conclusiones generales, como hace Colin S. Gray al estudiar la importancia del poder naval en una selección de ejemplos que abarcan desde las guerras médicas (480-479 a.C.) hasta la Guerra Fría (1947-1989). La relación de trabajos que intentan extraer conclusiones de carácter general, no limitadas a un único contexto histórico, es más amplia, hasta el punto de que, si la forma de guerrear es un producto histórico y cultural, ya contamos con algunas teorizaciones sobre ella, como la obra editada por Geoffrey Parker en la que se aborda la génesis, desarrollo y especificidad de la guerra en Occidente.¹⁰⁵

¹⁰³FERRO, Marc: *La Gran Guerra (1914-1918)*. Alianza Editorial, Madrid, 1990, pp. 383-384.

¹⁰⁴PARKER, Geoffrey: *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Editorial Crítica, Barcelona, 1990. KENNEDY, Paul: *The Rise and Fall of British Naval Mastery*. Penguin Books, Londres, 2001. MCNEILL, William H.: *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1988.

¹⁰⁵GRAY, Colin S.: *La pujanza del poder naval*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2001. PARKER, Geoffrey (ed.): *Cambridge Illustrated History of Warfare*. Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

Conclusiones

El estudio del ser humano, ya sea como individuo o colectivo, no deja de ser complejo, lleno de matices y con interrogantes abiertos, sobre todo en su dimensión histórica. Quizá no sea posible aprehender la naturaleza humana, pero el conocimiento histórico nos permite aproximarnos a ella, sobre todo al estudiar una de sus actividades más recurrentes y destructivas: la guerra. La historia no ha recibido la consideración de ciencia hasta el siglo XIX y aún así no se ha limitado a un solo paradigma científico, pero incluso en su etapa como género literario aportó datos que nos ayudan a comprender la guerra, desentrañando elementos que, en diferente forma e intensidad, han estado presentes a lo largo de los siglos. Así se desprende de algunos pasajes de autores cultos como Tucídides o Ibn Jaldún e incluso de otros con menos formación, como Bernal Díaz del Castillo, pero singularmente expresivo al transmitir sus vivencias. La evolución de la historia militar se ha enmarcado dentro de la historia general; de hecho, en no pocas ocasiones la guerra ha sido uno de sus principales temas. Pero a partir de su constitución como ciencia, la historia militar debe desarrollar las respectivas teorías y métodos que le den entidad propia y la misma consideración específica, dentro del ámbito académico, que han alcanzado otras disciplinas como la historia económica y la historia social. El estudio individualizado de conflictos no permite el grado de generalización de estas últimas, pues refuerza la condición de la guerra como acontecimiento singular y excepcional. Pero es posible que existan elementos comunes a diferentes guerras, muchas veces intuitivos y con menos frecuencia explicitados y demostrados. La reflexión teórica y metodológica en busca de estas constantes históricas contribuiría no sólo a reforzar la científicidad de la historia militar sino también a ampliar nuestra comprensión de uno de los fenómenos más terribles que han azotado a la humanidad durante toda su historia.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Martín: «Tres historiadores de la Grecia Clásica vistos a escala mundial», en ALONSO, Martín (ed.): *Historiadores griegos*. EDAF, Madrid, 1972, pp. VII-XXXII.
- ALSINA, José: *Tucídides. Historia, ética y política*. Ediciones Rialp, Madrid, 1981.
- ANDÚJAR, Francisco: «De la «nueva historia militar» a la historia vieja y «nueva historia militar»», en BARROS, Carlos (ed.): *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate» (1999)*. Historia a debate, Santiago de Compostela, 2000, volumen II, pp. 9-15.
- ANÓNIMO: *Cantar del Cid*. Espasa-Calpe, Madrid, 1980.
- ARÓSTEGUI, Julio: *La investigación histórica: teoría y método*. Editorial Crítica, Barcelona, 1995.
- BLANCO-GONZÁLEZ, Bernardo: «Introducción», en HURTADO DE MENDOZA, Diego: *Guerra de Granada*. Editorial Castalia, Madrid, 1970, pp. 7-69.
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: «Nuevas perspectivas para la historia militar: la «New Military History» en Estados Unidos», en *Hispania*, volumen LIV/1, núm. 186, 1994, pp. 145-177.
- BOURDÉ, Guy y MARTIN, Hervé: *Las escuelas históricas*. Ediciones Akal, Madrid, 1992.
- CAEROLS, José Joaquín: «Introducción», en CÉSAR, Julio: *Comentarios a la guerra de Las Galias*. Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 9-35.
- CARRERA DÍAZ, Manuel: «Estudio preliminar», en MAQUIAVELO, Nicolás: *Del arte de la guerra*. Editorial Tecnos, Madrid, 1988, pp. IX-XXXVI.
- CÉSAR, Julio: *Comentarios a la guerra de las Galias*. Alianza Editorial, Madrid, 2004.
- CIRLOT, Victoria, y RUIZ DOMENEC, J.E.: «Introducción», en FROISSART, Jean: *Crónicas*. Ediciones Siruela, Madrid, 1988, pp. IX-XXXV.
- CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.
- COBBING, Julian: «The Mfecane as Alibi: Thoughts on Dithakone and Mbolompo», en *The Journal of African History*, vol. XXIX, núm. 3, 1988, pp. 487-519.
- CORTÉS, Hernán: *Cartas de relación*. Globus, Madrid, 1994.
- CRAIG, Gordon A.: «Delbrück: El Historiador Militar», en PARET, Peter (coord.): *Creadores de la Estrategia Moderna. Desde Maquiavelo a la Era Nuclear*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1991, pp. 343-370.
- FERRILL, Arther: *Los orígenes de...*, pp. 155-158.

- CROWL, Philip A.: «Alfred Thayer Mahan: el Historiador Naval», en PARET, Peter (coord.): *Creadores de la...*, pp. 461-494.
- DESROCHES NOBLECOURT, Christiane: *Ramsés II. La verdadera historia*. Ediciones Destino, Barcelona, 2004.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio: «La historia militar. Entre la renovación y la tradición», *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, núm. 11, 1993, pp. 215-242.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio: «La historia política y la renovación de la historia militar», en BARROS, Carlos (ed.): *Historia a debate. Actas del I Congreso Internacional «Historia a debate» (1993)*. Historia a debate, Santiago de Compostela, 1995, volumen III, pp. 247-254.
- ESPINO LÓPEZ, Antonio: «La renovación de la historia de las batallas», en *Revista de historia militar*, núm. 91, 2001, <http://www.ejercito.mde.es/ihycm/revista/91/espino.html>.
- ESTEVE BARBA, Francisco: *Historiografía indiana*. Editorial Gredos, Madrid, 1992.
- ETHERINGTON, Norman: «A Tempest in a Teapot? Nineteenth-Century Contests for Land in South Africa's Caledon Valley and the Invention of the 'Mfecane'», en *Journal of African History*, volumen XLV (2004), núm. 2, pp. 203-219.
- FERRILL, Arther: *Los orígenes de la guerra (Desde la Edad de piedra a Alejandro Magno)*. Ediciones Ejército, Madrid, 1987.
- FERRO, Marc: *La Gran Guerra (1914-1918)*. Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- FROISSART, Jean: *Crónicas*. Ediciones Siruela, Madrid, 1988.
- FUSSELL, Paul: *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la segunda guerra mundial*. Turner Publicaciones, Madrid, 2003.
- FUSTER, Joan: «Introducción», en MUNTANER, Ramón: *Crónica*. Alianza Editorial, Madrid, 1970, pp. I-XXXI.
- GILBERT, Félix: «Maquiavelo: El renacimiento del arte de la guerra», en PARET, Peter (coord.): *Creadores de la...*, pp. 23-42.
- GILI GAYA, Samuel: «Introducción», en MONCADA, Francisco de: *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1969, pp. VII-XXXVII.
- GRAY, Colin S.: *La pujanza del poder naval*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2001.
- HERÓDOTO: *Los nueve libros de la Historia*, en: ALONSO, Martín (ed.): *Historiadores griegos*. EDAF, Madrid, 1972.
- HOBBSAWM, Eric: *Sobre la historia*. Barcelona. Crítica, 2002.

- HOWARD, Michael: *La guerra en la historia europea*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1983.
- HURTADO DE MENDOZA, Diego: *Guerra de Granada*. Editorial Castalia, Madrid, 1970.
- IBN JALDÚN, Abd-ar-Rahman ibn Muhammad: *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1997.
- KEEGAN, John: *El rostro de la batalla*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid.
- KEEGAN, John: «Towards a Theory of Combat Motivation», en ADISON, Paul y CALDER, Angus: *Time to Kill. The Soldier's Experience of War in the West, 1939-1945*. Pimlico, Londres, 1997, pp. 3-11.
- KENNEDY, Paul: *The Rise and Fall of British Naval Mastery*. Penguin Books, Londres, 2001.
- MAQUIAVELO, Nicolás: *Del arte de la guerra*. Editorial Tecnos, Madrid, 1988.
- MCNEILL, William H.: *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.* Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1988.
- MITRE, Emilio: *Historia y pensamiento histórico*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1997.
- MONCADA, Francisco de: *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1969.
- MONTESQUIEU: *Grandeza y decadencia de los romanos*. Espasa-Calpe, Madrid, 1962.
- MORADIELLOS, Enrique: *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*. Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2001.
- MUNTANER, Ramón: *Crónica*. Alianza Editorial, Madrid, 1970.
- NAPIER, William F. P.: *History of the War in the Peninsula and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814*. Constable, Londres, 1993, volumen III.
- ORCÁSTEGUI, Carmen y SARASA, Esteban: *La historia en la Edad Media*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1991.
- OVERY, Richard: *Por qué ganaron los Aliados*. Tusquets Editores, Barcelona, 2005.
- PARKER, Geoffrey: *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Editorial Crítica, Barcelona, 1990.
- PARKER, Geoffrey (ed.): *Cambridge Illustrated History of Warfare*. Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- PINTO CEBRIÁN, Fernando: *¿Qué es la historia militar? (Reflexiones desde la milicia)*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid, 1992.

- REGAN, Geoffrey: *The Guinness Book of Decisive Battles. Fifty Battles that changed the World from Salamis to the Gulf War*, Guinness. Publishing, Londres, 1992.
- RODRÍGUEZ ALONSO, Cristóbal: *Las historias de los godos, vándalos suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, edición crítica y traducción*. Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», Archivo Diocesano y Caja de Ahorros y Monte de piedad de León, León, 1975.
- SANTERO SANTURINO, José M^a: «Del Nilo al Orontes», en *El Egipto de Ramsés II*, colección *Cuadernos Historia 16*, núm. 191, pp. 10-21.
- SHY, John: «The Cultural Approach to the History of War», *The Journal of Military History*, vol. 57, núm. 5, octubre de 1993, pp. 13-26.
- STONE, Lawrence: *The past and the present revisited*. Londres, Routledge, 1987.
- SUN TZU: *Los trece artículos sobre el arte de la guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1988.
- THOMAS, Evan: *Mar de tormenta. La última gran campaña naval de la historia*. Editorial Crítica, Barcelona, 2007.
- TRABULSE, Elías: «Estudio preliminar», en IBN JALDÚN: *Introducción...*, pp. 9-30.
- TUCÍDIDES: *Guerra del Peloponeso*, en ALONSO, Martín (ed.): *Historiadores griegos*. EDAF, Madrid, 1972.
- WATERS, K.H.: *Heródoto el historiador. Sus problemas, métodos y originalidad*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1996.